



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES**



**CRÓNICAS: EL PASO DEL TIEMPO EN LA  
DELEGACIÓN BENITO JUÁREZ**

**Tesina  
Que para obtener el título de  
Licenciado en Ciencias de la Comunicación**

**Presenta:  
Fernando Hernández Urías**

**Asesora  
Maestra Adriana Solórzano Fuentes**

**Ciudad Universitaria, 2012**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## ÍNDICE ::

|                           |   |
|---------------------------|---|
| <b>INTRODUCCIÓN</b> ..... | 3 |
|---------------------------|---|

### **CRÓNICAS: EL PASO DEL TIEMPO EN LA DELEGACIÓN BENITO JUÁREZ**

|  |    |
|--|----|
| A. LA CIUDAD DENTRO DE LA CIUDAD ..... | 15 |
| B. TIENDA DE SUEÑOS .....              | 24 |
| C. PARQUE DE LOS VENADOS.....          | 29 |
| D. JUZGADO DE LO CÍVICO .....          | 34 |
| E. CUANDO LA TIERRA SE MUEVE .....     | 37 |
| F. JUEGO DE NIÑOS .....                | 43 |
| G. SEQUÍA DE SEMANA SANTA.....         | 46 |
| H. CINES .....                         | 52 |
| I. RINCONCITO DEL PASADO .....         | 59 |
| J. ¿DÓNDE TE AGARRÓ EL TEMBLOR? .....  | 63 |

|                           |    |
|---------------------------|----|
| <b>CONCLUSIONES</b> ..... | 68 |
|---------------------------|----|

|                           |    |
|---------------------------|----|
| <b>BIBLIOGRAFÍA</b> ..... | 71 |
|---------------------------|----|

## INTRODUCCIÓN

El más literario de los géneros periodísticos. Sucesión de imágenes, opiniones, aromas, sonidos y sensaciones; especie en peligro de extinción en las páginas de los diarios. Patio de juegos y fuente de ingresos de periodistas y escritores. Relato de pasos y paseos. Información objetiva y subjetiva. Contar cosas que están pasando. Notas que atestiguan el paso del tiempo y sus efectos; que demuestran que el mundo nunca se queda estático, que siempre pasa algo. Consecuencia de poner los ojos y los demás sentidos sobre alguien o algo o nada.

La crónica, un cuento que es verdad, escribió alguna vez García Márquez. Del lat. *chronica*, y este del gr. *χρονικά [βιβλία]*, [libros] en que se refieren los sucesos por orden del tiempo, según el *Diccionario de la lengua española*. Una historia en que se observa el orden de los tiempos. Género movedizo, casi inclasificable. Sin fisonomía establecida. Un texto periodístico que incluye un punto de vista, una voz bien definida. Hija de la literatura y de la historia, nacida mucho antes que el periodismo. El reto no es inventar, sino descubrir.

Un género que muta, cambia, crece, mientras los demás permanecen estáticos. Considerado por algunos la síntesis de otros géneros. Punto de unión en el que se encuentran el reportaje, la entrevista, el perfil, la columna. Basado y apegado a los hechos reales. Compuesto por toda la información necesaria, fechas correctas, fuentes citadas, fluidez, escenas de acción, descripciones, climas, silencios, un punto de vista personal y equilibrio de opiniones y voces. Un híbrido que tiene algo de autobiográfico. Un fragmento de vida, un pedazo de lo cotidiano.

También deriva de la voz griega *kronos*, que designa al dios del tiempo. El primero en existir. Ser incorpóreo, dios de las Edades y del zodiaco, siempre rodeando al universo y encargado de conducir la rotación de los cielos. Suma de incertidumbres. Hijo del cielo y la tierra. Según Manuel Pérez Miranda, es a él a quienes los habitantes de la Eólida, relataban por medio de la *kroniká* los más sobresalientes de sus actos cotidianos.

A diferencia de la nota informativa, la crónica no se limita simplemente a informar de forma objetiva sobre algún hecho ocurrido. Se distingue del reportaje ya que es el cronista el que vive los hechos y su objetivo puede estar más encaminado a informar y a entretener que a denunciar. Además, aunque profundizan casi igual en los sucesos, la crónica sí ofrece una interpretación de lo ocurrido. A pesar de que ese podría llegar a ser un vínculo con el artículo, las opiniones y valoraciones que se ofrecen en este género son completamente subjetivas. El balance entre información y juicios personales debe prevalecer si es que se busca construir una buena crónica.

Un texto que nace como resultado de una experiencia del escritor o reportero. Lleno de la subjetividad que caracteriza la opinión de un testigo que aunque está presente al momento de un fenómeno, nunca sabe a bien lo que sucedió frente a sus ojos. La crónica es un género periodístico que va más allá de la narración y la semblanza, y que se adentra en la reflexión. La crónica no solo narra, durante el camino juzga y narra lo ocurrido.

Aunque se parecen, la crónica histórica y la periodística tienen sus diferencias. Mientras que una, la histórica o la de viajes, puede narrar hechos ocurridos durante meses o años, por lo general las periodísticas se ciñen a un momento concreto que sucede en unas cuantas horas. El cronista parte de un hecho actual y, con el material que alcanza a recopilar, se convierte en un arquitecto de la prosa, alguien que tiene algo que decir.

El presente trabajo está compuesto por diez textos que fueron escritos entre octubre del 2011 y mayo de 2012, siete meses en los que se desarrollaron los sucesos relatados en cada una de las crónicas que aquí se presentan. Período, además, en el que casualmente se registraron dos temblores en la capital del país: uno el 10 de diciembre de 2011 y otro el 20 de marzo de 2012.

Las crónicas que conforman este trabajo son: “El ruido de las cosas al caer”, sobre la vida y la muerte en el Centro Urbano Presidente Alemán; “Tienda de sueños”, que narra un paseo dominical por un supermercado extravagante; “Parque de los

Venados”, un recorrido por uno de los parques más representativos de la delegación Benito Juárez; “Juzgado de lo cívico”, sobre la denuncia de un caso de hostigamiento sexual; “Cuando la tierra se mueve” y “¿Dónde te agarró el temblor?”, dos crónicas que describen desde diferentes puntos de vista las consecuencias que tiene un sismo; “Juego de niños”, la historia de un grupo de jóvenes que prefieren escapar del presente a través de la ficción; “Sequía de semana santa”, sobre la falta de agua, uno de los principales problemas que sufre la delegación y el Distrito Federal; “Cines”, un texto sobre los cambios en la industria de los cines y “Rinconcito del pasado”, que habla sobre la nostalgia de una época en la que no había estéticas unisex.

Los temas en la delegación Benito Juárez sobran y quizás el lector se preguntará por qué incluir dos textos sobre temblores. Esta decisión fue personal ya que a mi parecer estos eventos son extraordinarios, de los pocos que los humanos aún no podemos predecir, y lo que se genera alrededor de ellos (las reacciones de la gente, el miedo, el aumento de las precauciones, etc.) muestra a los humanos tan vulnerables como somos.

En el texto titulado “Cuando la tierra se mueve” pretendo utilizar el tema del temblor como un mero pretexto para hacer el ejercicio de exponer un suceso que todos vivimos, pero que experimentamos de forma distinta. Un hecho que produce miedo en algunos, puede servir para detonar recuerdos en otros. Mientras que “¿Dónde te agarró el temblor?”, la última de las crónicas de este trabajo, es un intento por relatar cómo viví yo el temblor.

Además de servir como referencia, este límite temporal da contexto también a la valoración que el periodista puede hacer de los hechos. Junto con el lugar, el tiempo en el que se enmarcan los hechos narrados sirve al lector y al periodista como marco de referencia para determinados comentarios e incluso pueden llegar a justificarlos. Si bien el cronista tiene la obligación de narrar o de informar algo que ha sucedido, en este género periodístico existe también espacio para juicios, pensamientos y comentarios.

Con la finalidad de que los lectores puedan reconstruir en su mente los hechos y el ambiente, la narración que debe realizar el cronista de un suceso debe ser con gran detalle. Además, está obligado a meterse a fondo en lo que va a relatar. Intentar, si se puede, escribir desde las mentes de los protagonistas a través de la voz de un narrador omnisciente que sirva al periodista para dar a conocer la información obtenida en entrevistas previas. Para ello es imprescindible estar en el lugar de los hechos, además de realizar una investigación previa para no llegar a ciegas.

Como dice Juan Villoro en su texto “La crónica, el ornitorrinco de la prosa”, la crónica es un género híbrido ya que “de la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos”.<sup>1</sup>

Siguiendo esta recomendación y para enriquecer el texto “El ruido de las cosas al caer”, tuve que realizar un trabajo previo de investigación sobre la historia del Centro Urbano Presidente Alemán, escenario donde ocurren los hechos, con la intención de facilitar al lector la visualización del lugar. Asimismo, la cercanía de la unidad habitacional me permitió realizar varias visitas y entrevistar a algunos de sus habitantes. La caída de una señora desde el último piso de uno de los edificios sirvió como detonante para la redacción de este texto, que pretende relatar no solamente la muerte de esta persona sino la vida diaria en esa unidad habitacional.

Conviene aclarar que la crónica no nace con el periodismo, sino que esta actividad recurre y adapta a sus necesidades una tradición literaria que ha servido al hombre para mantener en la memoria batallas, descubrimientos y otros hechos históricos que han sido determinantes en la formación de nuestros valores e ideales. Gracias a los pocos límites que tiene, la crónica sirve al periodismo para

---

<sup>1</sup> V.V. A.A., *Antología de crónica latinoamericana actual*. Alfaguara, Madrid, 2012. (p. 578 y 579)

relatar a profundidad sucesos del presente que no pueden (o deben) ser tratados de forma ligera o superficial.

La crónica aparece así como un género periodístico que aspira a revelar lo panorámico. Por ello, el cronista recurre a cualquier medio que tiene a la mano para construir su relato: boletines, información de radio y televisión, libros, periódicos de otros años, ruedas de prensa, diversas fuentes y lo que sus sentidos han podido recoger después de estar presente en el lugar de los hechos. A través de esos recursos, el periodista logra vincular esa realidad que sucede en distintos escenarios con distancia de por medio entre sí. Es deber del cronista amasar y dar sentido a los datos obtenidos en diversos lados con el fin de, a partir de elementos dispares, construir una historia unitaria.

Igual que en la crónica sobre los multifamiliares, el texto titulado “Tienda de sueños” requirió una investigación previa, además de varias visitas a la tienda y entrevistas con algunos de sus empleados. Mi intención en este texto es profundizar en la vida de las personas que hacen funcionar este tipo de tiendas. Es también un análisis muy personal sobre esa naturaleza que nos hace buscar lo especial para así sentirnos únicos o diferentes al resto.

Se ha escrito mucho sobre el valor periodístico de una crónica. En su *Manual de periodismo*, Carlos Marín dice que, para ser considerada como periodística, una crónica debe abordar un hecho real. Ya que la materia prima que utiliza el cronista es la realidad, cualquier hecho que ocurre a nuestro alrededor puede relatarse en forma de crónica<sup>2</sup>.

El escritor y periodista mexicano J.M. Servín va más allá cuando define a la crónica como: “la literatura de la realidad (y en el mejor de los casos, abundaría yo, de la realidad del cronista), un registro de géneros literarios y disciplinas sociales debidamente fusionadas en una narración que puesta por la atemporalidad. No hay

---

<sup>2</sup> Carlos Marín, *Manual del periodismo*. Debolsillo, México, 2007. (p. )



distancias imposibles ni asunto menor para quienes escriben crónicas”<sup>3</sup>. Lo mismo ha servido para narrar hechos que han cambiado la historia, que para contar situaciones cotidianas que podrían parecer irrelevantes y gracias a las cuales nuestras costumbres perseveran.

Hace mucho tiempo, las crónicas sirvieron para satisfacer las necesidades memorísticas de una comunidad. Narración pura, libre de interpretación y comentario. Ya desde el año 440 a. de C., el griego Heródoto de Halicarnaso escribía su obra titulada *Historias*. En ella, narraba los enfrentamientos que sucedieron entre griegos y bárbaros, prestando particular atención a las Guerras Médicas. Compuesta por nueve libros, fue escrita con la intención de no permitir que los héroes y sus hazañas quedaran en el olvido. Heródoto, considerado “Padre de la Historia”, basó sus escritos en la observación personal, la consulta de fuentes escritas y testimonios orales.

Entre el siglo V y XV, en la Europa moderna, muchos escritores se dedicaron a recolectar información sobre una nación o sobre alguna familia noble para después construir un texto en forma de crónica. El elemento que distinguía a estos relatos, sin lugar a dudas, era la veracidad. Estos cronistas ya no solo se dedicaban a relatar grandes justas militares o sucesos de carácter nacional. Escribían particularmente sobre hechos cotidianos y costumbres. Entre los ejemplos está la *Crónica General de España*, que Alfonso X el Sabio empezó a escribir en el año 1270.

Con la llegada de los españoles al Nuevo Mundo en 1492, la crónica adquirió popularidad. Aquellos conocidos como los cronistas de Indias redactaban textos en los que informaban sobre la geografía del mundo descubierto así como las costumbres de sus habitantes. Entre los más importantes, están: Antonio de Herrera, Bernal Díaz del Castillo, Fray Toribio de Benavente, Hernán Cortés, Francisco Cervantes de Salazar, Pedro Fernández del Pulgar y Fray Bernardino de Sahagún.

---

<sup>3</sup> J.M. Servín, *D.F. Confidencial. Crónicas de delincuentes, vagos y demás gente sin futuro*. Almadía, México, 2010. (p. 14)

Durante mediados del siglo XIX aparece, en Francia, la *chronique* periodística. Y a finales de ese mismo siglo, con el desarrollo del periodismo, la función del cronista fue delineándose cada vez con más claridad. La crónica, que ahora ya estaba enmarcada por normas de redacción, buscaría concisión y precisión. Su punto de valoración descansaría en la capacidad del cronista de rescatar pequeños detalles y, a través del texto, transportar al lector al lugar de los hechos.

En años recientes, intelectuales y periodistas se han encargado de realizar crónicas sobre la forma en que vivimos nuestros días. La producción de este género no se limita a una región geográfica en particular. La lista está compuesta lo mismo por norteamericanos, latinoamericanos y europeos. Nombres como Chuck Klosterman, David Foster Wallace, Hunter S. Thompson, Jean Baudrillard, Bernard-Henri Levy, Leila Guerriero, Martín Caparrós, Rodrigo Fresán, Gabriel García Márquez, Julio Villanueva Chang, Tomás Eloy Martínez, Norman Mailer, Ryszard Kapuscinski, Alma Guillermoprieto, Gay Talese y Jon Lee Anderson, entre muchos otros.

Las crónicas ya no solo se publican en periódicos, hay ahora revistas especializadas en el género: *El Malpensante*, *Gatopardo*, *SoHo*, *Etiqueta Negra*, *El País Semanal*, *Página 30* y *The Clinic*. Además, las editoriales tienen colecciones dedicadas especialmente a este género. Random House tiene el sello Debate, Alfaguara hace lo propio con Aguilar, Planeta y la editorial Anagrama tiene la colección Crónicas. Hay nuevos premios y becas para cronistas que estimulan la producción del género, como: el Premio de Crónica Planeta/Seix Barral y los apoyos de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano.

Si hubiese que definir qué tipo de crónicas componen el presente trabajo diría que se acercan más a lo interpretativo que a lo informativo ya que además de relatar determinados hechos, incluyen una serie de juicios personales y hablan de hechos cotidianos que podrían ser considerados por muchos con poco valor noticioso. El texto "Juego de niños" habla sobre un grupo de adolescentes que buscan escapar de la realidad a partir de un juego de fantasía. Son niños que se imaginan magos, que juegan con varitas mágicas y escobas voladoras, para darle un sentido a sus vidas. Ese, considero yo, es uno de los textos más interpretativos del presente

trabajo ya que aunque ellos no hablan de manera explícita de su frustración ante la vida, yo creo leerlo entre líneas.

Por lo general, la redacción de este género periodístico es cronológica, es decir, sigue el orden del suceder de los hechos en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, al redactar, el periodista puede tomar ciertas libertades al momento de ordenar los hechos con el fin de dar énfasis a determinado suceso o producir algún efecto en el lector. A pesar de la libertad, el estilo debe permanecer claro, denso, conciso y transparente. Evitar los párrafos extensos y mantener las frases cortas. La gracia narrativa, la anécdota y cualquier otro recurso que llene de color a una crónica, son elementos imperativos. Mejor aún si el cronista utiliza un vocabulario rico, trabajado, íntimo y personal. Son las palabras el único recurso que tiene para vincularse con el público y más vale darse a entender y realizar un trabajo accesible para la mayoría.

Cabe mencionar que, con la intención de atrapar al lector, la crónica debe de contar con movimiento y sorpresa. Para ello, hay quienes recomiendan tener en cuenta tres factores determinantes: un buen arranque, escasas explicaciones y un final que no sea rotundo. A diferencia de lo que ocurre con otros géneros, el centro de interés en la crónica es muy diverso, y varía según sea el caso. Puede ser desde un lugar, un personaje, un objeto, una acción o hasta un problema ético.

Cabe aclarar que el periodista no debe confundir la libertad con la que cuenta y llegar a deformar o a ocultar los hechos ocurridos, con el fin de servir a intereses personales o de particulares. La noticia es el único límite que enfrenta la libertad estilística. El cronista debe permanecer fiel a la realidad y no modificarla buscando hacer una historia más interesante o atractiva para sus lectores; pero sí puede esforzarse en la forma, trabajar su texto, con el fin de imprimir un sello personal, que vaya más allá de las opiniones o los juicios que una crónica puede contener.

La longitud del texto puede estar determinada por el espacio en el medio o por el mismo autor. La crónica sobre un partido de fútbol que dura hora y media puede ocupar veinte o treinta cuartillas, mientras que el relato de lo sucedido en un

proceso de elección cuya resolución puede tardar varios días podría llegar a estar compuesta por una o dos cuartillas. El que redacta es libre de poner énfasis en momentos o detalles que considera importantes y dedicar espacio para profundizar en ellos.

Así, sucesos como los temblores que tan sólo duran unos minutos pueden narrarse en varias páginas y experiencias como una visita a la peluquería que puede tomar más de media hora puede escribirse en tres o cuatro páginas. En el caso de las crónicas que componen el presente trabajo las longitudes de los textos se vieron determinadas por la forma en que se narran las historias. Los textos más largos incluyen referencias al pasado, a diferencia de textos más breves como “Peluquerías, una especie en extinción” o “Juego de niños” me limito a relatar exclusivamente lo que sucedió en ese instante.

Uno de los elementos que sirven para identificar la crónica y que afecta el tiempo de la narración es la descripción. Complemento indispensable que detiene el devenir, que pone un freno a la historia y permite representar objetos y sucesos a profundidad. Sirve para construir imágenes de lugares, situaciones, objetos y personajes en la mente del lector; para transportarlo y convertirlo en un testigo más de la acción. Es útil para transmitir sensaciones y para crear ilusiones. Y para realizar una buena descripción es necesario que el cronista inicie su búsqueda en el lugar mismo donde se origina el tema. Para ello, el periodista se basa en técnicas de observación personal y técnicas de investigación documental.

El cronista: testigo que puede ser protagonista; aquel que construye un relato de lo que mira. Ese que quiere evitar que algo que ha sucedido caiga en el olvido; hechos y autor conviven como uno mismo. El cronista puede involucrarse de distintas maneras: se presenta como parte del público, presta sus ojos como cámara que graba hasta el más mínimo detalle, aparece como personaje principal que reflexiona y proyecta emociones al lector. Su propósito fundamental es sencillo: informar cómo sucedieron los hechos.

Según J.M. Servín, un buen cronista se distingue por su curiosidad por lo que les rodea, así como por su paciencia. “El cronista es un autodidacta de disciplina espartana que aprende del entorno internándose en sus rincones oscuros”<sup>4</sup>. Y a esto, agrega: “(...) sabrá construirse su espacio y su tiempo para dar con el hallazgo, casi siempre fortuito y alejado del esclavizante calendario del casero y del editor; ambos enemigos acérrimos del *flaneur* con rifle al hombro”<sup>5</sup>.

La elección de los temas es cuestión personal. Se trata de escoger un lugar cómodo o cercano para narrar. La personalidad del cronista se refleja en las características de su trabajo: la selección de los momentos que conforman la noticia, la interpretación y los comentarios que se hacen sobre el hecho, la estructura, el estilo. El cronista tiene derecho a seleccionar y jerarquizar los datos. En la obra se descubre la impresión que causaron los hechos en el autor.

En el caso de este conjunto de crónicas, la elección de los temas tuvo más que ver con lo que me tocó vivir durante el período de realización de este trabajo. Salí de casa sin expectativas y sin temas establecidos, aunque sí con la idea de visitar determinados lugares en los que, según experiencias anteriores, sabía que encontraría algo. En un principio realicé una lista de los lugares que podrían servir como escenarios, espacios en los que es casi seguro que se puede ser testigo de hechos interesantes o con el valor suficiente para ser relatados. Sin embargo mantuve la mente y los sentidos atentos por si ocurría algo en el camino.

A veces, puede dedicarse más espacio a la anécdota o a las opiniones o a referir detalles que pueden dar otro giro a la crónica. Esos detalles pueden servir al cronista para explicar algo que superficialmente no se ve. Es obligación del cronista saber equilibrar los elementos informativos, interpretativos y valorativos que componen el texto.

---

<sup>4</sup> Ídem. (p. 14)

<sup>5</sup> Ídem. (p. 14)

## DELEGACIÓN BENITO JUÁREZ

**POBLACIÓN** ::: 385,439 habitantes.

**EXTENSIÓN TERRITORIAL** ::: 26.63 kilómetros cuadrados.

**LÍMITES** ::: Al norte la delegación Miguel Hidalgo y Cuauhtémoc; al sur Coyoacán; al este Iztapalapa e Iztacalco, y al oeste Álvaro Obregón.

**SUBDIVISIONES** ::: 57 COLONIAS: 2a del Periodista, 8 de agosto, Acacias, Actipan, Álamos, Albert, Américas Unidas, Atenor Salas, Carmen, Centro Urbano Presidente Alemán, Ciudad de los Deportes, Crédito Constructor, Del Lago, Colonia Del Valle. Centro, Norte, Sur; Ermita, Esperanza U.H., Extremadura Insurgentes, General Anaya, IMSS Narvarte U.H., Independencia, Insurgentes Mixcoac, Insurgentes San Borja, Iztaccíhuatl, Josefa Ortíz de Domínguez, Letrán Valle, Merced Gómez, Miguel Alemán, Miravalle, Mixcoac, Moderna, Módulo Social Las Flores U.H., Colonia Napoles, Nápoles- Ampliación, Colonia Narvarte Oriente, Poniente, Nativitas, Niños Héroes, Noche Buena, Nonoalco, Piedad Narvarte, Portales Norte, Portales Oriente, Portales Sur, Postal, Residencial Emperadores, San José Insurgentes, San Juan, San Pedro de los Pinos, San Simón, Santa Cruz Atoyac, Tlacoquemécatl del Valle, Vértiz Narvarte, Villa de Cortés, Xoco y Zacahuitzco.

**SITIOS DE INTERÉS** ::: World Trade Center, Estadio Azul, Plaza de Toros “México”, Parque Hundido, Poliforum Cultural Siqueiros, Cementerio de Xoco, Parque de los Venados, Teatro de los Insurgentes, Plaza Universidad, Centro Coyoacán, Galerías Insurgentes, Mercado de Mixcoac, Mercado de San Pedro de los Pinos, Museo Arqueológico “Luis G. Urbina”, Centro Cultural “Juan Rulfo”, Casa-Museo “Benita Galeana”, Fundación Sebastián, Templo de San Lorenzo, Planetario “Joaquín Gallo”, Sede Nacional del Partido Acción Nacional, Parroquia de Santo Domingo de Guzmán, Secretaría de Comunicaciones y Transportes, Alberca Olímpica “Francisco Márquez”, Gimnasio Olímpico “Juan de la Barrera”, Plaza Cívica “Soberanía de la República”.



**CRÓNICAS: EL PASO DEL TIEMPO EN LA  
DELEGACIÓN BENITO JUÁREZ**

## A. LA CIUDAD DENTRO DE LA CIUDAD

Mientras caminamos, Iván me cuenta historias de gente que ha muerto por aquí. Es diciembre y hace frío. Un adolescente que se lanzó al vacío porque su novia ya no lo quiere. Avanzamos lento. Un choque en la esquina que sacó a todo mundo de la iglesia y dejó la banqueta llena de sangre. Desde hace algunos meses, ya no vive aquí, pero pasó sus primeros 25 años de vida en estos edificios. Aquí, cuando éramos niños, jugamos y pasamos horas platicando sobre cualquier cosa.

Apenas unos pasos adelante, escuchamos un golpe seco. Como un costal que golpea el suelo. La gente sale de los locales buscando la fuente del sonido. Subimos las escaleras de uno de los edificios y encontramos un cuerpo en la cornisa. No sabemos si es un hombre o una mujer. Lleva una camiseta blanca y unos pantalones negros. Tras el golpe, el cuerpo perdió los zapatos. Es una o uno de los más de tres mil habitantes que tiene el Centro Urbano Presidente Alemán (CUPA), ubicado en la cuadra que delimitan el Eje 7, las calles de Parroquia y Adolfo Prieto, y la avenida Coyoacán.

\*\*\*\*\*

Durante 1948, cuando la Ciudad de México apenas contaba con menos de tres millones de habitantes, el arquitecto Mario Pani inició la construcción de este monstruo. Pani, inspirado en la Ville Radieuse de Charles Édouard Jeanneret-Gris, *Le Corbusier*, trabajó junto con el arquitecto Salvador Ortega y el ingeniero Bernardo Quintana, quién entonces fundaría la empresa Ingenieros Civiles Asociados (ICA).

El plan original proyectaba 200 casas en un terreno de 40 mil metros cuadrados. Eso es lo que la Dirección General de Pensiones Civiles y de Retiro creía que haría falta para satisfacer la demanda de vivienda de aquella época. Las casas servirían como domicilio en alquiler para burócratas. Para entonces, el terreno se ubicaba en una zona poco urbanizada hacia el sur de la ciudad.



El proyecto de Pani era un poco diferente. El mexicano planeaba construir 1,080 departamentos, pero sin ocupar más del 25% del terreno. Las áreas habitables se distribuyeron en nueve edificios de 12 pisos y planta baja, y seis edificios de tres pisos.

\*\*\*\*\*

Antes de enterarnos de que un cuerpo acaba de caer frente a nosotros, Iván me cuenta un sueño. Hay tres niñas vestidas de blanco. Se asoman desde uno de los balcones en el tercer piso. Abajo, la gente grita. Las niñas, piensa Iván, quieren lanzarse al vacío. Dejarse caer. Es un sueño heredado. Días después, mientras come con su familia, Iván se entera de que, hace muchos años, su mamá fue testigo de eso que él soñó.

Su tío también fue testigo de un suicidio. Siempre, mientras desayunaba, aprovechaba para pasar un rato mirando por la ventana. Nada ocurría nunca, pero ese día, la cosa fue diferente. En el edificio más lejano, un hombre como él o como cualquier otro, saca su cuerpo por la ventana. Aprovecha la altura para ponerle fin a sus problemas.

Otra vez en el sueño. Las niñas se dejan caer. Los cuerpos se hacen pedazos y los perros acechan. Con sus colmillos destrozan la carne y llenan el piso de tripas y sangre. Los vecinos solo miran. Hay un valiente que se acerca para espantar a los perros y cubrir los cuerpos con mantas, pero no lo logra. Entonces, Iván se despierta.

\*\*\*\*\*

El 7 de septiembre de 1949, a los 66 años, José Clemente Orozco perdió la vida. Dejaba inconcluso un mural: *La Primavera*. El muralista fue llamado para darle un toque especial al primer conjunto habitacional construido en América Latina: el Centro Urbano Presidente Alemán. La imagen de una mujer en reposo, servía a Orozco para representar el reposo, la primavera verde, fuente y origen de toda

vegetación. El muralista perdió la vida antes de terminar su trabajo e incluir su firma. Hace apenas un año, la Secretaría de Desarrollo Social del Distrito Federal, encabezada por Martí Batres Guadarrama, invirtió 550 mil pesos en el rescate de la obra del artista mexicano, como parte del programa de Mejoramiento Barrial.

\*\*\*\*\*

Bajamos un piso para ver más de cerca el cuerpo. No hay todavía noticias de ambulancias o policías. Todos morbosos, los vecinos se asoman buscando sangre. La primera en acercarse a nosotros es una viejita. Nos pregunta por lo sucedido. Se preocupa por nosotros y pide que no nos apoyemos en los barandales. También nos cuenta historias de otros que han caído. Dice que seguro fue un accidente.

Médicos, peritos y policías llegan. Gracias a una escalera de aluminio alcanzan la cornisa. El cuerpo parece el de alguien que ha decidido permanecer dormido para espantar el cansancio. Una almohada descansa inmóvil muy cerca del cuerpo.

Iván y yo empezamos con suposiciones. Quizás, dice uno, limpiaba el exterior de las ventanas con una almohada para proteger su abdomen. Quizás, dice el otro, se lanzó, harta de todo, pensando en utilizar la almohada como amortiguador, si el arrepentimiento la alcanzaba en algún momento del viaje.

Calculamos la velocidad y el tiempo que tardó en caer. Discutimos si alcanzó a darse cuenta de que su vida estaba a unos segundos del final. Nos imaginamos las reacciones de su familia al volver a casa y enterarse de que él o ella ya no vive, de que no pasarán Navidad juntos, que ya no podrán platicar sobre cualquier cosa ni pelearse por cualquier razón.

\*\*\*\*\*

Cada año, en Semana Santa, los vecinos del CUPA organizan un torneo de fútbol. Los balcones que tienen vista a la cancha se llenan de ojos. Cuando no quedan

satisfechos con el juego, lanzan piedras y latas a los jugadores con la esperanza de que el partido se anime o de que alguien mejor tome el balón.

Cuando niños, Iván y yo jugamos a las escondidas y robamos pelotas para jugar frontón. Rompimos cristales y le pegamos a niños y señoras que paseaban por la cancha sin ninguna preocupación. También lanzamos cosas desde lo más alto. Contábamos el tiempo que tardaban en caer. Nos asombrábamos con los resultados que tiene la fuerza de gravedad. Todo lo que cae deja de ser para convertirse en pedazos.

\*\*\*\*\*

Ángel tiene 20 años. También tiene tres hijos con tres diferentes mujeres y dos trabajos. Su mamá nació ahí. Él nació ahí. Sus hijos nacieron ahí. Eliz, su madre, pasa dos o tres horas al día jugando frontón. Gasta todo su dinero en eso: raquetas, pelotas, luces y rejas para la cancha... Esa es su adicción. El resto del tiempo trabaja. Casi nunca puso atención a lo que hacían sus hijos. Ángel es primo de Iván. De chicos, los dos pasaron las mañanas persiguiéndose por los pasillos de los multifamiliares. Ángel decidió dejar de estudiar cuando llegó a la secundaria. Cuando abandonó la escuela, empezó a trabajar como repartidor de una farmacia. Después, trabajó también llevando y trayendo garrafones de agua. Para entonces, ya era padre de dos. Tenía apenas 16 años y su vida ya era complicada. Cuando las cuentas y la familia crecieron, trabajó como chofer de taxi. Las cosas no funcionaron bien. Ángel pasaba días sin reportarse con el dueño del auto y las quejas de los clientes fueron demasiadas. Ahora, con tres hijos que no puede ver porque las tres diferentes madres creen que Ángel es un irresponsable y prefieren que no tenga nada que ver con sus niños, se pregunta qué fue lo que falló. ¿Por qué dos niños que crecieron con lo mismo terminan en tan diferentes destinos?

\*\*\*\*\*

En una mañana despejada, desde el último piso puede verse Santa Fe, Six Flags y la Torre Latinoamericana. Los días en que no tenemos clases, Iván y yo aprovechamos para subir hasta el último piso de cualquier edificio y platicar.

Uno de esos días, alguien se acerca para pedirnos que tengamos cuidado. Dice que muchos vienen a lanzarse para terminar con sus problemas y su vida. El golpe, si caes desde lo más alto de los edificios, es mortal.

Hasta donde los vecinos saben, solo uno sobrevivió a una caída desde el segundo piso. Se llamaba Manic y gastaba los días recargándose en los barandales. La primera vez, cayó desde el primer piso y no pasó nada. La segunda caída fue desde el segundo piso. Y tampoco pasó nada. El tiempo siguió su marcha y nada lo salvó del Sida. Murió años después de sus caídas. Se quedó un Nintendo que Iván le prestó.

\*\*\*\*\*

Otra vecina se acerca. Ella, más joven, nos saluda y dice que se llama Lucía. Estudia Comunicación en la Universidad Autónoma Metropolitana. Quiere saber lo mismo que todos. Parece que hablar de sangre le saca brillo a sus ojos. Nos cuenta una historia que ocurrió hace solo unas semanas. Enfrente, en una tintorería, murió una mujer y seis más quedaron heridos. Una falla en la caldera provocó la explosión. Los vidrios y la herrería del local volaron hechos pedazos.

El esposo de la mujer que murió trabajaba como portero de un edificio que hay junto al negocio. Alcanzó a encontrar a su mujer tendida en el piso. Después de la explosión, la mujer se arrastró por la calle con un hoyo en el abdomen y los intestinos de fuera. Según Lucía, que vio todo, los dos lloraban.

El día de la explosión yo estaba en casa. Leí la noticia en la página de Internet de algún periódico y decidí asomarme por el lugar, pero llegué tarde y solo encontré manchas de sangre en el pavimento. Después, en los diarios, me enteré de que la pareja tenía dos hijos. Uno de 9 años y otro de 3. ¿Quién recogió a los niños de su

escuela aquella tarde? ¿Con qué palabras le explicas a dos niños que todavía no tienen ni 10 años que su mamá no va a volver? El culpable, según las noticias, resultó ser el dueño de la tintorería.

\*\*\*\*\*

Más de 60 años no han pasado en vano. Las paredes de los edificios están llenas de manchas y grafitis. La gente parece harta de vivir aquí. Todos amontonados en un lugar descuidado. Según varios vecinos, el problema de abandono tiene que ver con la falta de responsabilidad de los habitantes. Al principio, el ISSSTE se encargaba de todo. Si necesitaban un carpintero o un plomero, el Instituto se encargaba de conseguirlo y pagarlo. Cuando el Seguro la dejó de administrar, en 1987, la unidad se vino abajo. Hay automóviles desvencijados, basura por todos lados, jóvenes que se drogan.

Según un documento de la Secretaría de Seguridad Pública, el Centro Urbano Presidente Alemán es uno de los siete puntos de la colonia en los que es fácil conseguir drogas. Casi todos los vecinos saben quién las usa y quién las vende. Por eso, la convivencia ha cambiado. Los vecinos no quieren encontrarse. Todos son extraños y desconocidos. El que vive a lado es una amenaza y no un amigo. Son muchos los viejos que habitan el CUPA y sienten nostalgia por esos tiempos de paz y armonía.

\*\*\*\*\*

En septiembre de 1985, Iván llegó por primera vez al CUPA. Un terremoto de 8.1 grados los sacó, a él y a su mamá, del edificio en el que vivían, en la colonia Narvarte. La mañana del 19 de septiembre, los dos paseaban por el parque. La noche de ese día, tuvieron que mudarse con unas cuantas cosas al departamento de la abuela. Los multis se llenaron de inmigrantes que volvían con sus padres después de un sismo que dejó la ciudad en ruinas y 10 mil muertos. Hijos que volvían a casa de los padres con la cola entre las patas y con el miedo de que otro temblor de la misma magnitud estuviera a unas cuantas horas o días de distancia.

\*\*\*\*\*

Cuando los peritos llegan, el show comienza. Son dos mujeres con peinados esponjados y zapatos de tacón. Suben la escalera de aluminio con cuidado. Van acompañadas por un fotógrafo que coloca en el suelo cartones con números para guardar registro de las evidencias. Una, rubia, avanza con paso firme sobre sus zapatos morados. Se acerca al cuerpo sin miedo y sin cuidado. Los muertos son cosa de todos los días para ella. La otra, enfundada en zapatos color rosa, se acerca también. Platican sobre algo y voltean al cielo. Intentan descubrir la ventana desde la que el cuerpo cayó. El fotógrafo se distrae con los zapatos del muerto. Esos mocasines negros que no revelan nada sobre el sexo del muerto.

Llevamos ya dos horas esperando. Apenas hay un poco más de acción desde que los peritos llegaron. Los vecinos también son más. Una bola de chismosos que intentamos averiguar lo que pasó. Cada quien tiene una opinión que sirve para poco o nada. Tomamos fotografías con el celular. El cuerpo parece una mancha blanca en el cemento gris.

Dos policías más suben a la cornisa con una camilla. Rodean el cuerpo y se rascan la cabeza. Parece que intentarán moverlo. Entre el fotógrafo y los policías levantan el cadáver para acomodarlo en la camilla. Es una masa sin sostén, órganos y sangre contenidos por una capa de piel. Los huesos quedaron pulverizados por el impacto. No hay un charco de sangre como esperamos, solo unas cuantas gotas que escurren de la cabeza. Ahora sabemos que era una mujer.

\*\*\*\*\*

Cinco días antes de la muerte del muralista mexicano, el entonces presidente Miguel Alemán (acompañado por su secretario de Hacienda, Ramón Beteta, el jefe del Departamento Central, Fernando Casas Alemán y Esteban García de Alba, director de la DPC) inauguraba el CUPA y, con ella, iniciaba la vivienda vertical masiva en la capital del país.

Los gigantes que sobrevivieron dos fuertes sismos, uno en 1957 y otro en 1985. Dos monstruos que fueron testigos del desfile de estudiantes universitarios, encabezados por el rector Javier Barros Sierra, en 1968. Un proyecto que costó 18.5 millones de pesos y que apareció como una visión del futuro en nuestro país. Ahora, una obra tiene temblando a estos dos colosos supervivientes. El ruido que generan las obras para la Línea 12 del Metro mantienen a los vecinos con los ojos abiertos toda la noche. Además, dicen, la inseguridad ha aumentado. De los balcones cuelgan mantas que piden el cese del ruido y en los periódicos aparecen notas sobre las quejas de los vecinos.

Las autoridades argumentan que todo beneficio tiene un costo y que, una vez que las obras hayan concluido, el Metro generará beneficios para negocios y el valor de las viviendas aumentará. Por el momento, es un tema que a nadie le importa.

\*\*\*\*\*

Desde el suelo, los multifamiliares parecen barcos anclados que esperan en el puerto, buques de concreto sin capitán; y desde sus balcones, la gente se asoma y sus miradas se pierden en el cielo y parecen tristes porque se dan cuenta de que la muerte no es la peor desgracia que los vivos pueden sufrir. Y desde la sombra que estos gigantes de concreto proyectan, solo puede hablarse de miedo y soledad.

\*\*\*\*\*

La ciudad dentro de la ciudad está llena de personajes extraños. Katy tiene 53 años y cinco perros. Vive con su mamá y vende productos de Avon para sobrevivir. Siempre con malos modos, pasa de puerta en puerta ofreciendo cosméticos de catálogo y pasea los perros de los vecinos.

Otro muy raro es "El Grillo", el mecánico oficial del CUPA. Su Renault destartado es parte ya del paisaje. Lleva años sin moverse.

Desde lo más alto, todos parecen hormigas que avanzan agitadas, buscando comida o compañía o alguna razón para no mandarlo todo al carajo.

\*\*\*\*\*

Después de varios días, gracias a Iván me entero de que la mujer que vimos caer tenía problemas mentales. Que no fue un suicidio sino un accidente como muchos otros en los que muere gente y en los que morirán muchos más. Y que el ruido que hacen las cosas al caer es muy difícil de olvidar.



## **B. TIENDA DE SUEÑOS**

Un supermercado es el refugio ideal en caso de un apocalipsis zombie. Hay alimentos, hay armas, hay formas de distracción. Es, también, el sustituto de la iglesia. Un nuevo paseo familiar. Padres e hijos bien arreglados visitan los domingos las tiendas en busca de comida y rinden tributo a los precios caros y los productos de importación. Entre más grande es el gasto, mayor es la felicidad. Justo esa es la clave del éxito de City Market, construido encima de un Sumesa muy cerca del cual crecí.

La empresa detrás de la tienda es la misma. Las dos, Sumesa y City Market, son propiedad de Comercial Mexicana. La historia de esta cadena de supermercados empieza en 1930. Junto a sus hijos, Antonio González Abascal fundó una tienda dedicada a los textiles en la capital del país. En el 44, la empresa se constituyó como Controladora Comercial Mexicana, S.A.B. de C.V.

Tuvieron que pasar 32 años desde su fundación para que el giro de la empresa cambiara. En 1962 inauguran su primera tienda de autoservicios en la avenida Insurgentes y, con el negocio viento en popa, en el 81 adquirieron la cadena "Supermercados, S.A.", que hoy son las Tiendas Sumesa. En 1991 la empresa comienza a cotizar en la Bolsa Mexicana de Valores y cinco años después ofrecen por primera vez sus acciones a inversionistas extranjeros.

La nueva sucursal del City Market fue construida sobre los restos del Sumesa. Con un piso de diferencia, para que el estacionamiento sea mucho más grande y más usuarios puedan confiar en la seguridad de sus autos. Un piso arriba, como si construirlo más cerca del cielo fuera a garantizar su éxito.

Somos tan insignificantes, que el cambio de una marca (simples símbolos y colores), nos obliga a modificar costumbres. Pero eso ya lo sabíamos desde hace tiempo, porque si el futuro económico del planeta depende de un grupo de legisladores norteamericanos, no queda más que sentirse ridículos, fútiles y despreciables.

Las familias ya no se arreglan para ir a la iglesia. Los centros comerciales son ahora los templos a los que la gente acude en busca de certezas y esperanza. Adultos y jóvenes usan sus mejores ropas para ir a comprar comida. Las mujeres pasean entre pasillos llenos de azúcar, galletas y cereales con peinados y maquillaje espectaculares. Seguro tardan más tiempo en arreglarse que en recoger todo lo que comerán.

Una tienda construida para satisfacer las necesidades de los habitantes de la zona desaparece para ceder su lugar a un local presuntuoso lleno de productos caros, inaccesibles para la mayoría. Ese es el progreso. Cada vez más lujoso. Cada vez más exclusivo. Cada vez más inalcanzable.

Y mientras los empleados de la tienda (también hay quien los llama asociados) ganan más que aquéllos que trabajan en otras cadenas, los cuidadores de coches siguen con lo mismo: sin un sueldo y a expensas de los automovilistas y la cantidad de monedas de que dispongan.

Si las cosas no son fáciles para cualquiera, ellos la tienen mucho más complicada. Por cada día de trabajo, tienen que entregar 25 pesos a la empresa que administra el estacionamiento. Además, gastan en transporte y en comida. Martín lleva años trabajando en este estacionamiento. Él es testigo del cambio que ha sufrido la clientela de una tienda que, más que una realidad, se parece a un espejismo.

Cada día, tarda una hora en viajar de su casa al trabajo. Sus días empiezan bien temprano. Pasa ahí, respirando el humo que echan los autos y soportando a clientes malhumorados, entre 14 y 15 horas. Una hora más de vuelta a casa y solo 6 o 7 horas para cerrar los ojos y pensar en otras cosas. Desde donde se vea, una vida así parece más un castigo que una oportunidad.

\*\*\*\*\*

Ya desde el estacionamiento, todo es ostentoso. La mayoría de los autos son modelos del año y de marcas caras. Antes de llegar a las puertas corredizas, hay un espacio exclusivo para las mascotas. “Estacionamiento de mascotas”, dice un letrero, que no es más que un tubo para amarrar a los perros. Justo a la entrada, están los estantes que contienen la fruta. No hay mucha diferencia con otros supermercados. Los precios, quizás. Eso sí, la variedad de hongos es impresionante.

Hay, además, una sección de jugos frescos y ensaladas. Más adelante, se encuentran congeladores con comida preparada y productos orgánicos, y una fila de estantes con todo tipo de cosas para diabéticos. Y aunque podría parecer un supermercado cualquiera, la tienda cuenta con cuatro secciones que destacan.

- La selección de mariscos incluye King Crab traído de Alaska, por 1,150 pesos cada kilo, percebes, lenguado, salmón, camarones, ancas de rana y muchos otros pescados. Hace algunos meses llegaron a vender cocodrilo y langostas vivas, pero quizás por la falta de clientes o por la queja de varios, decidieron quitarlas. Hay, además, carne de jabalí, de búfalo, canguro, venado, res, cordero, conejo, avestruz, codorniz y de buey de kobe (un animal que recibe masajes y su dieta incluye sake y cerveza).

- La sección de quesos y carnes frías también es espectacular. En las vitrinas de los refrigeradores hay jamones, chorizos y paté de todas las marcas y todos los precios. Quesos parmesanos, azules, cremosos, de todas las nacionalidades. Un policía protege el caviar y el azafrán.

- Cervezas oscuras, claras, afrutadas y con chocolate. Alemanas, belgas, irlandesas, españolas, japonesas, mexicanas, holandesas, chinas, danesas, inglesas, brasileñas y cubanas. Botellas de 355 mililitros que cuestan desde 15 pesos hasta 150. Hay también vinos de España, Francia, Chile, Australia, México, Estados Unidos, Italia, Argentina. Una botella de Pingus 2011, por 18 mil 984 pesos; una botella de Chateau Latour, por 11 mil pesos; una botella de Chateau Pavie Decess, por 13 mil 980 pesos.

- Pero una fila de aparadores destaca del resto. Son productos franceses de la marca Hédiard: ridiculeces como 100 gramos de té por más de 500 pesos, 100 gramos de dulce de leche por 188 pesos o 45 gramos de pimienta por

206 pesos. Productos traídos desde París para una ciudad en la cual, según el Consejo de Evaluación del Desarrollo Social del Distrito Federal, 5.89 millones de personas viven en pobreza extrema.

\*\*\*\*\*

Tiene 38 años y vive, con su mamá, a unas cuadras del lugar. Antes trabajó en varios restaurantes, primero como lavalozza y después como mesero. Todas las mañanas sale a correr con una mochila llena de piedras en la espalda y su sueño es trabajar como dibujante. Lo conozco desde hace varios años; 10 o 12, quizás.

Se encarga de preparar comida: ensaladas y pastas. Dice que los jefes son buenos y el sueldo no está mal. Trabaja en el turno de la mañana, de 7 a 14. “No es tan complicado y es más divertido que ser lavalozza”, me dice. En otros trabajos, se lastimó bastante las manos por los cambios de agua fría y caliente y porque a veces los platos se rompen o algún cuchillo se pierde de vista y termina enterrado en un dedo. En esos otros trabajos no quisieron darle un contrato, ni un seguro. Tuvo que pelearse con jefes, clientes y compañeros prepotentes y groseros. Pero aquí, hasta ahora, no.

Su mamá pasa los días en cama y no puede salir. Miguelón es el sostén de la casa. Las mañanas se le van en la tienda, y de regreso en casa, cansado, solo piensa en dibujar. Los sábados, cuando no tiene que ir a la tienda, pasa el día en el tianguis del Chopo. Le gusta el metal, la música punk, los tatuajes y las patinetas. “Ojalá pudiera irme a otro lado. En Estados Unidos los dibujantes de comics ganan muy bien y la historia de México les gusta”, dice. La mayoría de sus dibujos son máscaras, quizás porque Miguelón quisiera cambiar de cara, cambiar de vida, esconderse en algún lugar.

\*\*\*\*\*

Aunque no es el público al que está dirigida, los pasillos de la tienda están llenos de parejas de clasemedieros: esos cuyos ingresos son suficientes para vivir en el

entorno urbano y que buscan mejorar su situación de manera sistemática. Esos que sueñan con ropa de marca y autos de lujo, viajes a Estados Unidos y Europa, que cargan con iPhones y iPads, que tuitean sus logros y que publican en Facebook las fotos de todas las cosas que compran, calculan sus cuentas en dólares y disfrutan pronunciando en voz alta oraciones en inglés, presumen las escuelas en las que estudian y los lugares en los que vacacionan, trabajan para compañías gigantescas y consumen suplementos para verse bien. Esos somos: la mayoría que con el pasar de los días se convierte en minoría; los que, supuestamente, son factor determinante en las elecciones; los que, como no tienen mucho, creen que el dinero lo es todo. La mayoría son positivos. El futuro solo supone la posibilidad de mejorar. Un día más de trabajo es igual a más pesos en la cuenta de banco.

\*\*\*\*\*

Vidas abismalmente diferentes, aspiraciones idénticas.

Sueños y pesadillas que comienzan y terminan en el mismo lugar.

## C. PARQUE DE LOS VENADOS

Son las 9 de la mañana y el Parque de los Venados parece un cementerio. Unos cuantos que corren le dan vida y color al escenario. Es muy temprano para que haya niños en los juegos. La feria que lleva años instalada y sin mantenimiento parece inservible.

El jardín, construido entre 1952 y 1953, cuenta con 95 mil metros cuadrados en los que habitan dos mil 628 árboles, de 39 especies diferentes: de aguacate y durazno, cedro blanco, eucalipto, bambú, olmo y yuca, entre muchos otros. Violetas, azaleas y buganvillas lo llenan de color. Árboles viejos que dejan pasar muy pocos rayos del sol y que en otoño llenan de hojas los jardines y sus caminos.

Los fines de semana, recibe entre 800 y mil 200 visitantes, según datos de la delegación Benito Juárez. Por sus caminos la gente anda en bicicletas, caballos, trenecitos y una réplica del Metro. El parque le debe su nombre a las estatuas de dos venados que adornan las fuentes del lugar. En 2003, desconocidos derribaron una de ellas. Le cortaron las patas y la quitaron de su lugar. El ciervo, inmóvil e indefenso, descansaba lejos del espacio que le fue encomendado cuidar.

El parque se llena de familias que quieren escapar de casa. En las esquinas, queseros y masajistas prometen reparar cualquier dolor o daño con pomadas y movimientos de manos. La banqueta o el interior de una camioneta destartalada aparece ahí como un oasis, garantía de alivio a la tensión que durante la semana se instala en la espalda de un oficinista o de una ama de casa.

El lugar cambió de nombre a Parque “Francisco Villa” cuando, en 1969, se convirtió en el nuevo hogar de una estatua del General Francisco Villa, obra de Julián Martínez Soto. Originalmente, la figura fue develada en la glorieta de la Riviera, pero debido a la construcción de ejes viales y la estación del Metro “División del Norte”, tuvo que ser llevada al parque.

Nacho es uno de los jardineros que se encarga del cuidado del parque. Trabaja aquí desde hace 11 o 12 años. Dice que cuando llegó, el número de jardineros era mucho mayor. No lo sabe, pero cuando el jardín fue inaugurado, el parque contaba con una plantilla de 45 jardineros. Ahora solo son 13 los responsables del cuidado y mantenimiento del lugar.

En esos años de trabajo, Nacho ha reunido historias increíbles sobre el lugar. Hace diez años, dice, una pareja con un niño que caminaba por el parque se encontró un bebé entre las plantas. Era una recién nacida que fue abandonada por su mamá. La pareja escuchó el llanto de la bebita envuelta en una sábana. Todavía tenía el cordón umbilical. Llegaron policías y paramédicos al lugar. Quizás la pareja de padres que abandonó al bebé todavía estaba ahí cuando la ambulancia dejó el lugar.

En este mismo parque, hace 5 años, encontraron el cadáver de un policía dentro de una camioneta. Se llamaba Roberto Patiño Gutiérrez y era un elemento activo de la Agencia Federal de Inteligencia. Llevaba días desaparecido. Según declaraciones, Patiño participó un año antes en un decomiso de cocaína, 289 kilos, en el aeropuerto. Junto a su cuerpo, hallaron una cartulina que decía: "Para que aprendan a cumplir Z. Estamos aquí".

Por las tardes, los fines de semana el parque se llena de globeros y ponis, las luces de la feria se encienden y el ruido cada vez es más. Alrededor del jardín hay restaurantes y bares, heladerías y tiendas de dulces. Las avenidas División del Norte y Doctor Vértiz, siempre llenas de automóviles, enmarcan el lugar. Muchos accidentes suceden por aquí. En octubre del 2000, dos niños murieron atropellados. Un Golf color naranja los golpeó mientras cruzaban corriendo la calle. Murieron instantáneamente.

Aquí, hace muchos años, pasé horas jugando fútbol y corriendo. También aquí me subí a un cohete que simulaba un viaje al espacio. El trayecto de ida no tenía ninguna complicación y, la promesa de una vista desde la Luna, convertía cualquier problema en cosa pequeña. Pero el viaje de vuelta deparaba sorpresas. Una falla

técnica llenaba de pánico a los “astronautas”, en especial a mí. Quizás esa fue la primera vez que me dio miedo morir.

En la esquina de Miguel Laurent y la avenida División del Norte se encuentra el planetario “Joaquín Gallo”. Lo administra la Sociedad Astronómica de México y lleva el nombre de un ingeniero geógrafo que, a inicios del siglo XX, ingresó al Observatorio de Tacubaya y participó en la elaboración del atlas conocido como “La Carta del Cielo”. Además, en 1910 fue testigo del paso del Cometa Halley, durante la Revolución; contribuyó a establecer los husos horarios en el país, y, el 10 de septiembre de 1923, observó un eclipse total de Sol.

Casi setenta años después, en vísperas de otro eclipse solar, las autoridades de la delegación Benito Juárez y el Gobierno del Distrito Federal decidieron construir el edificio que ahora, todo azul y lleno de planetas y estrellas, recibe a curiosos, turistas y desempleados, que vagabundean por el lugar. El planetario, que permaneció cerrado durante dos años, solo abre los domingos y por diez pesos ofrece una función de media hora en la que se habla de estrellas, constelaciones y planetas.

En otra de las esquinas, Miguel Laurent y Doctor Vértiz, hay canchas de fútbol y basquetbol. A todas horas, todos los días, hay niños y jóvenes que patean balones o usan las manos para intentar encestar la pelota. El fútbol y casi todos los deportes, sacan lo peor de cada persona. Olvidamos que el que está enfrente es igual a nosotros y todo por querer ganar una tonta competencia que le importa a pocos. Los deportes no unen, separan porque la gloria personal importa más que el éxito de un equipo.

Las canchas están llenas de anuncios de *Powerade*, una bebida para deportistas propiedad de Coca-Cola. Hace unos cuantos meses, la empresa se encargó de remodelar el espacio que ahora está hecho pedazos. Las rejas rotas, las paredes rayadas. Nada sobrevive al paso de unos cuantos vándalos que deciden “hacer suyas” las calles con símbolos indescifrables y que solo tienen significado para unos cuantos. Mal ejemplo para niños que crecen con la idea en la cabeza de que es



mejor no respetar nada, imponerse, demostrar que uno es más fuerte que cualquiera.

Por las tardes, esa esquina se convierte en lugar de reunión de alcohólicos y drogadictos. Grupos de resentidos que no tienen otro lugar para estar, que están decididos a molestar. Las peleas son muchas. Sienten que las canchas son suyas y que nadie más las puede usar. Cuando el alcohol o las drogas se acaban, hay unos que se atreven a cobrar. Diez o veinte pesos por juego. Pero eso pasa en todos los parques. El deporte, así, no tiene nada de sano.

\*\*\*\*\*

Al centro del parque, en una de las fuentes en las que un venado espera quieto y observa hacia la nada entre el agua, se escucha un altavoz. La voz de una mujer dice que la clase está por comenzar. Los pasillos se llenan de mascotas que arrastran a sus dueños. Todos mueven la cola. Se saludan como lo hacen los perros: todos se huelen el trasero.

Muy pronto, no hay espacio para andar a pie por aquí. Cuarenta o cincuenta perros, todos con sus respectivos dueños, están listos para iniciar su día de clases. Los canes esperan sentados, mientras los amos permanecen de pie. Como cada sábado y domingo, desde hace 19 años, Bertha Molnar aparece con un altavoz más grande que su cabeza. No llega sola. La acompaña otra mujer con dos perros Border Collie, la raza más inteligente que existe. Con el movimiento de un dedo, su dueña puede hacerlos girar por todo el suelo y hacen espectaculares atrapadas de un frisbee que su dueña insiste en lanzar.

Nerviosos, perros y dueños se acomodan alrededor de la fuente. Nadie quiere quedar en ridículo. El grupo de “convivencia y socialización” que dirige Molnar desde 1992 se llama “Mi Mundo, Mi Perro”. Participar cuesta 30 pesos y también se realizan consultas veterinarias. La clase comienza a las 10:30 y termina a las 12:30. Todo el dinero recaudado se utiliza para vacunas y tratamiento de perros callejeros. Por eso la importancia del trabajo de Molnar.

Los requisitos para participar son muy sencillos: los perros tienen que tener más de cuatro meses y medio de edad, con sus vacunas al corriente, collar de castigo y una correa de cuero de 1.80 metros. Y, como en cualquier otra escuela, hay exámenes. Cada seis meses, Molnar organiza torneos para evaluar los avances de sus grupos. Participan dueños y perros, y se les califica a los dos. Una situación en la que todos ganan. Pero no es tan sencillo. Los perros y sus dueños, que muchas veces se parecen tanto que es difícil no confundirlos, se disputan el control. ¿Quién manda a quién?

Según cifras de la Secretaría de Salud del Distrito Federal, se estima que, solo en la capital del país, hay un millón 200 mil perros. De esos, 120 mil viven en las calles. Cada año, 18 mil perros se pierden y, si no terminan muertos en algún albergue, seguro se encuentran en un parque como éste.

\*\*\*\*\*

El mismo parque que hace horas parecía un cementerio es ahora un tiradero de basura gigante. Latas, empaques, bolsas de papas, botellas de refresco, papeles, pañales, heces de perro. La naturaleza como lugar de recreación, como un espacio para evitar que recordemos nuestra capacidad destructiva. Un oasis para no pensar en lo que nos hemos convertido.

## D. JUZGADO DE LO CÍVICO

A las 13:10 recibo un mensaje de Ingrid. Dice que acaba de denunciar a un hombre que la acosó. Intento llamarle, pero no responde. Supuestamente, nos encontraríamos en un parque que está a unas cuadras de la casa. Preocupado, apuro el paso para enterarme del problema.

Llego y la encuentro sentada en una banca. Hay dos patrullas con las torretas encendidas. Ingrid está en silencio. Enojada. Me cuenta que, mientras ella y su hermana caminaban, un hombre se acercó por la espalda para hacer ruidos y señas obscenas. Ellas intentaron alejarse, pero el tipo las siguió con insistencia hasta que decidió cruzar la calle y, desde lejos, siguió molestando. Ingrid, que no se deja de nadie y todavía cree en la justicia, detuvo a la primer patrulla que encontró en su camino y les pidió que lo detuvieran.

Los policías se acercan y nos preguntan si queremos continuar con el trámite. Tendríamos que ir al Juzgado Cívico, dicen; el papeleo, según ellos, no deberá tomar más de 15 o 20 minutos. Ingrid decide hacerlo. Jenny y yo solo la seguimos. Los policías trepan al pervertido a la patrulla y vamos en caravana rumbo a la oficina. El Juzgado Cívico que corresponde está en División del Norte y el Eje 7 Sur, muy cerca de la Delegación Benito Juárez.

Uno de los oficiales nos explica que el delito no corresponde al Ministerio Público porque no hubo “tocamiento”. Esos que solo molestan a las mujeres con sus palabras, no son juzgados igual que aquéllos que tienen contacto con sus víctimas. A pesar de que las consecuencias de sus actos puedan ser las mismas.

La oficina es pequeña. Una barda de madera es lo único que separa a ofensores de ofendidos. Dentro y fuera sobran policías. Hay un par de lavacoches que entran y salen del lugar como si se tratara de su casa. Una mujer espera sentada en las escaleras. Grita groserías y llama violadores a los policías. La detuvieron en la delegación, nos enteramos después. Está loca, lleva años insultando a la gente, alguien cuenta.

No hay bancas y la gente solo puede esperar parada o buscar un lugar en la banqueta. Uno de los oficiales sale para preguntarnos si deseamos continuar con el trámite. Ahora, parece amenazarnos diciendo que tomará más tiempo de lo previsto y que, una vez iniciado el procedimiento, no podemos echarnos para atrás. La fe de Ingrid en la justicia no nos mueve del lugar. Ingrid y Jenny tienen que llegar a una prueba de sonido en unas cuantas horas, pero nada las distrae de su objetivo. Y yo, que quiero a Ingrid mucho, solo pienso en que cualquier otra causa que absorba mi tiempo es más noble que mi trabajo.

De la oficina hay muy poco que decir. Hay un par de letreros que anuncian el precio de las constancias (ocho pesos con cincuenta centavos) y otro más que señala el valor actual del salario mínimo (poco menos de sesenta pesos). Hay también un cartel que anuncia cursos de Psicología Criminal. Entran y salen policías de diferentes tamaños y colores. Entran y salen víctimas y acusados.

Después de casi dos horas, otro oficial sale a preguntar si queremos continuar con el proceso. Dice que podría tomar más tiempo, pero que todavía es momento de echarnos para atrás. El perverso sigue frente a nosotros. Se llama Francisco. Tiene casi 40 años y hace cinco, por robo, pasó un tiempo en la cárcel. Trabaja en una construcción, haciendo instalaciones eléctricas. Lleva una playera roja y unos pantalones de mezclilla. Todo sucio.

Ingrid desaparece para hacer su declaración frente al juez. Suena mi celular. Es León Krauze. Llama porque hoy, el medio para el que trabajo publica su primera colaboración. Hablamos poco y cuando cuelgo, pienso que el perverso que molestó a Ingrid y León deben tener la misma edad. Mientras uno anda en un BMW plateado y da las noticias por televisión, otro tiene que trabajar 12 o 14 horas entre el polvo. Y en la cabeza se me queda una pregunta: ¿quién o qué decide el lugar en el que nacemos, las oportunidades que tendremos?

Mientras Ingrid aparece, Jenny y yo escuchamos conversaciones de gente que entra y sale. Un grupo de cinco o seis personas está aquí por la loca. Dicen que ya

había sido denunciada por subirse a un microbús e insultar a todos los pasajeros. Con una sonrisa que solo da la victoria, una de las víctimas sale de la oficina del juez. La van a meter al Fray Bernardino, dice, y todos festejan.

Son las cuatro de la tarde. Casi tres horas después, salimos de regreso. Francisco, el perverso, pasará de 12 a 24 horas encerrado, si no paga una multa de más de 600 pesos. Ingrid se queda tranquila: sus esfuerzos le ahorrarán la molestia a otras mujeres. Jenny también está contenta. Y yo, que solo estaba ahí para acompañarlas, me quedo el resto del día pensando en lo injusto que es casi todo.

\*\*\*\*\*

El mundo es un lugar peligroso para las mujeres. El mundo es un lugar difícil para ser mujer. Muchas de ellas son agredidas física y psicológicamente. Otras son víctimas de acoso y agresiones sexuales. Los prejuicios persisten y la discriminación es cosa de todos los días.

A pesar de la independencia que han ganado, cada día crece el número de mujeres víctimas de los puños de algún hombre. Según datos de la Encuesta Nacional de Violencia contra las Mujeres una de cada tres mujeres sufre agresiones o maltrato (33% de la población femenil que fue encuestada). También, según el Inmujeres, una de cada cuatro ha sido violada o ha sufrido un intento de violación.

Van más cifras: según datos recientes de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, siete de cada 10 mujeres mayores de 15 años han sufrido violencia al menos una vez en su vida; datos del Programa de Investigación en Violencia de Género de la Universidad Nacional Autónoma de México dicen que solo entre el 20 y 50 por ciento de las violentadas denuncian las agresiones; de acuerdo con el INEGI, de cada 100 mujeres ocupadas 65 son asalariadas, 22 trabajan por cuenta propia, 11 no reciben pago alguno y dos son empleadoras.

## **E. CUANDO LA TIERRA SE MUEVE**

La mayoría de los habitantes del Distrito Federal tenemos una triste cualidad: sabemos adaptarnos a casi todo. Nos acostumbramos al estrés y al mal humor, a los gritos y a la suciedad, al olor a mierda, a las groserías y las malas caras. Podemos, incluso, habituarnos a la violencia, a los robos, a la indiferencia. Pero hay algo a lo que no hemos sabido acostumbrarnos. La simple idea de que un día la tierra se mueva tanto que todo lo que hemos construido se venga abajo, eso es algo a lo que ningún habitante de la Ciudad de México se puede acostumbrar. Por eso, cuando tiembla, las calles se llenan de gente histérica que, sin pensarlo, arriesgan su vida entre los autos.

### **Sábado 10 de diciembre de 2011**

**19:47:26 horas**

Ingrid y yo avanzamos en el auto sobre Avenida Coyoacán. En la radio, un locutor entrevista a un médico. Hablan sobre epidemias, otro gran miedo de los capitalinos. Cuando llegamos al semáforo del Eje 8, justo frente a la sede nacional del Partido Acción Nacional, el auto comienza a moverse. El entrevistador se da cuenta de que algo raro está pasando y decide detener la conversación.

Apenas la tierra deja de moverse, las luces y los semáforos se apagan. Ingrid intenta llamar a casa, pero los celulares tampoco funcionan. Avanzamos despacio. La gente, afuera de casas y edificios, prefiere esperar en la calle. Hay unos que lloran, hay otros que insisten en hablar por teléfono. Grupos de personas en pijama, con lámparas y velas: eso es lo poco que puede verse. En la radio, dicen que hay datos de daños, pero que prefieren no adelantar nada para no generar pánico.

Las calles, oscuras como el estómago de una ballena. Las estrellas, esas que los capitalinos nunca podemos ver, brillan tímidas. En Twitter ya hay algunas noticias. Dicen que el sismo fue de 6.7 grados Richter, que se originó en las costas de Guerrero, que aún no hay reportes de daños por parte de Protección Civil. También en Twitter, el presidente Felipe Calderón anuncia que hay un herido en Tuxpan,

Guerrero, y Marcelo Ebrard, el jefe de Gobierno del Distrito Federal, dice que 30 colonias no tienen electricidad.

Llegamos por fin a nuestro destino: Centro Coyoacán. Las tiendas están vacías: como hormigas, los clientes se aplastan afuera del centro comercial. Buscamos toallas y sábanas para nuestra nueva casa. En la sección de blancos del Palacio de Hierro, una señorita se pelea con su celular. Se llama Sandra. Desesperada, intenta llamar a su casa. No tiene éxito. Ya pasaron 20 o 30 minutos y todavía los teléfonos no funcionan. Nos atiende a medias, tiene un ojo en el teléfono y otro sobre nosotros.

Cuando menos lo esperamos, vuelve a temblar. Es una réplica de menor intensidad. Los estantes se golpean y las lámparas chocan entre sí. Sandra grita y sale corriendo. Quizás hay alguien que la espera en casa. Quizás su peor miedo es quedar atrapada debajo de una piedra. Quizás los temblores le recuerdan que somos insignificantes y que en cualquier minuto la vida se nos puede acabar.

\*\*\*\*\*

Jan está en Walmart. Salió a buscar algo para cenar. Sus papás están fuera. Su hermano está cenando en el Centro. Mientras camina por los pasillos de los alimentos enlatados, las lámparas, los carteles y los anaqueles comienzan a vibrar. Caen latas al suelo. La gente, que no es mucha, entra en pánico y sale corriendo. Empleados de la tienda, que visten chaleco azul y les llaman “asociados”, intentan tranquilizar a los compradores. Les piden que se reúnan en un mismo punto donde estarán seguros.

El ruido de frascos y latas que caen al suelo inquieta a la gente. Las luces se apagan y un silencio incómodo inunda la tienda. Unos segundos después, el local se ilumina tímidamente. Las puertas de Wal-Mart no cierran. Jan deja el carrito lleno y regresa corriendo a casa. Se encuentra con un conjunto de personas que no saben cómo reaccionar.

Entre el ruido y el caos solo piensa en una cosa. Se acuerda de que alguna vez escuchó que los pájaros pueden predecir los temblores. Su cabeza se llena de cuervos que vuelan lejos de los árboles porque saben que un terremoto se acerca. Cuervos que con el movimiento de sus alas hacen más negra la noche y avisan sobre la tragedia.

Tenemos autos, barcos y aviones. Tenemos comida enlatada. Tenemos iPhones, iPads y iPods; computadoras, robots y naves espaciales, pero no podemos predecir un temblor. La única conclusión a la que Jan llega es que, aunque tenemos todo eso, somos inferiores a los cuervos. Y como solo queda esperar a que el temblor pase y las cosas se normalicen, J se queda con los pies en un mismo lugar.

\*\*\*\*\*

Por fin termina el día para Francisco. Escribe en un periódico y los sábados suelen comenzar desde muy temprano. Por eso, cuando apenas regresa a su casa en la colonia Narvarte solo con ganas de descansar, no puede creer lo que está pasando. Sus vecinos bajan corriendo por las escaleras y los pasillos del edificio se llenan de ruido. Él, que vive en un cuarto piso, prefiere esperar en un sillón a que la tierra deje de moverse. Aunque el temblor es cada vez más fuerte, Francisco no se mueve. Nada ni nadie lo hará cambiar de opinión.

Francisco todavía no lo sabe. Sus papás están en un centro comercial. Con las vacaciones tan cerca, la gente aprovecha el fin de semana para comprar regalos. Colas y colas de hombres y mujeres se amontonan en las escaleras eléctricas. Zombis que solo quieren perder el tiempo. Una voz femenina da la primera alerta. ¡Está temblando! La gente se agita. Todos corren hacia la salida. Las alarmas de la tienda comienzan a sonar. La gente saca cosas de la tienda sin pagar. Para detenerlos, los guardias que hay en cada puerta deciden cerrar. Nadie sale. Nadie entra.

Y como lo más importante es que las tiendas nunca pierdan, los cristales de las puertas se llenan de rostros que reflejan impotencia y desesperación. Alientos que



chocan, codos y hombros que se golpean. Gritos que se unen para ganar fuerza. El ruido de los estantes que se golpean, las estructuras que crujen, esferas que caen al suelo para hacerse pedazos, lámparas que se apagan. Mucho miedo y desesperación. Y por fin, cuando apenas comienza la noche, el silencio, hijo primogénito de la incertidumbre, inunda todo el centro comercial. Francisco no imagina lo que pasa a kilómetros de casa y por eso no se mueve. Nada ni nadie lo hará cambiar de opinión.

\*\*\*\*\*

En una casa en la colonia Del Valle, mis abuelos y su hija más pequeña se reúnen para cenar. Los tres, sentados a la mesa, se dan cuenta de que tiembla cuando la lámpara roja que cuelga sobre su cabeza comienza a moverse. Ella y él, que ya son viejos, apenas pueden moverse. Ellos, que ya son viejos, no tienen miedo.

Cada vez que la tierra tiembla, mi abuelo recuerda inmediatamente dos momentos. 28 de julio de 1957. Es domingo, pero tiene que levantarse temprano para viajar. Trabaja en Dupont y va rumbo a Washington para visitar una planta de la empresa. En esos años, él, mi abuela y sus tres hijas vivían en la colonia Cuauhtémoc, muy cerca del Ángel de la Independencia. Casi a las 3 de la mañana, un sismo de 7.7 grados Richter cimbró a la capital. La familia no vio sus sueños interrumpidos. Solo cuando el taxi en el que viaja cruza frente al Ángel de la Independencia, mi abuelo se da cuenta de que algo (¿qué otra cosa que un temblor?) ocurrió mientras él dormía.

El viejo de 79 años ya empieza a olvidarlo todo. Algunos días hay que repetirle varias veces un nombre. Hay veces en que olvida lo que estaba haciendo y otras hay que presentarse varias veces frente a él. Pero los recuerdos que se clavaron bien al fondo de su memoria solo necesitan un pretexto mínimo para salir a la superficie.

Y por eso, cuando la tierra se mueve mi abuelo recuerda la mañana del 19 de septiembre de 1985. Un jueves en el que despertó bien temprano para viajar de

Houston, Texas, al Distrito Federal. Con ganas de volver a casa, salió corriendo del hotel y no pudo ver la televisión. En el aeropuerto, el personal de la aerolínea lo recibió con caras largas. “Se acabó la ciudad. Un terremoto destruyó la ciudad”, decía entre lágrimas una mujer. Mientras esperaban, los pasajeros de aquel vuelo formaron grupos para compartir su tristeza. Algunos desesperados intentaban comunicarse sin suerte con sus familiares. Ya en el avión, el capitán les contó lo sucedido: “Un terremoto de más de ocho grados, originado en la Brecha de Michoacán, cimbró al DF. Todavía no hay cifras oficiales”.

Desde el aire, mi abuelo vio incendios; edificios hechos pedazos; torres de humo; concentraciones de gente; que como hormigas, huyen con miedo del desastre; luces de ambulancias y patrullas; carros que corren. La ciudad sumida entre los escombros. Y dentro del avión, el pánico crece y la gente llora. El piloto sobrevuela la capital del país para que los pasajeros entiendan la magnitud de la catástrofe.

Y ahora, mientras tiembla, mi abuelo recuerda la desesperación y la impotencia que sintió en aquel momento y este temblor, que no se parece en nada a los dos que pasó lejos de su familia, le parece eterno.

\*\*\*\*\*

Ramiro lleva solo siete meses en la capital. Llegó de Coahuila buscando trabajo. Quiere ahorrar dinero para viajar a España y buscar una vida por allá. Apenas se da cuenta de que la ciudad se había tardado en darle la bienvenida. Ramiro comparte una casa con dos hombres en la colonia Portales. Pasa todo el día en la oficina y solo usa un cuarto para dormir. Eso sí, aprovecha los fines de semana para pintar y ver fútbol en la televisión. Hoy, sábado, justo antes de que la tierra se mueva, planea su viaje de regreso a casa por Navidad.

La búsqueda de un boleto de avión que lo acerque a Saltillo puede esperar. En unas cuantas milésimas de segundo, Ramiro piensa en todas las opciones que tiene: 1) saltar desde la ventana del segundo piso en el que vive y colgarse de un árbol que le garantice seguridad; 2) esconderse debajo de la cama; 3) abrir la puerta del

departamento, abrir la reja del segundo piso, bajar las escaleras, abrir una última reja que lo lleve al pasillo que va directo a la entrada principal del edificio y, al fin, abrir esa puerta para salir a la calle; 4) esperar a que pase lo que tenga que pasar. Esa última opción es la única que lo convence.

Y cuando por fin se decide, el temblor ya no se siente. Esa Navidad, Ramiro vuelve a casa más temprano que nunca.

## F. JUEGO DE NIÑOS<sup>6</sup>

La mayoría viste de color rojo y amarillo. El nombre es Gryffindor, la casa a la que pertenecen Harry y Dumbledore. Algunos intentan parecerse a Potter y traen lentes. Hay otros, la gran mayoría, que los usan porque en verdad los necesitan. Las varitas brillan en la oscuridad de los pasillos. Parece que casi nadie sabe usarlas. Si conocieran los hechizos, las cosas serían diferentes por aquí.

Pero no todos aman a Harry Potter. Cuando las filas de entrada comienzan a avanzar, un grupo de personas pide la muerte del mago. Gritan desde sus lugares. Van vestidos de negro y algunos llevan máscaras. Son los mortífagos, seguidores de Lord Voldemort. Hay más en los pasillos. Son rápidos, parece que flotan.

En otra fila, al inicio, están Guillermo y sus amigos. Compraron los boletos el sábado y llevan aquí formados desde las 16:00. Todo ese rato, no han comido más que palomitas. No importa la espera, quieren ser los primeros en entrar a la sala para ver la película.

Hay muy pocos niños. La mayoría en las filas son jóvenes y adultos. En las taquillas todavía hay boletos. La cinta se expone en nueve salas. Una de ellas es en formato IMAX. Para esa hay todavía 41 lugares disponibles. La versión doblada es la menos popular. Se presenta en tres salas y hay todavía 65 boletos a la venta.

Adelante, me encuentro con Karla. Lleva una copia del Monstruoso libro de los Monstruos que ella misma hizo solo para esta ocasión. Se tardó cuatro horas. Están también sus papás, algunos primos y amigos. Leyó los libros primero, hace ya algún tiempo. Empezó a buscar boletos para esta función desde hace mes y medio. Le gusta Harry Potter porque ofrece una escapatoria a una vida que es bastante difícil.

---

<sup>6</sup> Parte de esta crónica fue publicada por *El Universal.com.mx* el 18 de noviembre de 2010. <http://iphone.eluniversal.com.mx/notas/espectaculos/724325.html>

Dan las 22:30 y la función comienza. Las filas desaparecen como si la magia en verdad existiera. Todos los que antes estaban afuera, esperan sentados para ver al mago que los distrae de la realidad. Esperan al adolescente con lentes que vive marcado y se enfrenta a la muerte, como muchos otros, porque es lo único que puede hacer.

\*\*\*\*\*

Al salir de la película vuelvo a encontrarme con Karla. Me cuenta que cada quince días un grupo de fans de Harry Potter de todo el Distrito Federal se reúne en el Parque Hundido para jugar, platicar y escapar de la rutina de todos los días. La mayoría son menores

Entre los árboles y las palmeras del parque, siempre en el mismo lugar, estos jóvenes cambian su nombre y su vida para convertirse en magos, personajes de una novela de J.K. Rowling. Alberto Wesley, Gabrielle Evans, Monty Dumbledore y Grape Magorian son algunos de estos personajes adolescentes.

Aquí, los rechazados se encuentran para no sentirse extraños. Los freaks incomprendidos, expertos en magia, que sueñan con pequeños hombres que viven en botes de helado. Unidos todos por una fuerza muy particular: esa de aquéllos que encuentran en la fantasía una escapatoria a una realidad que es casi insoportable.

El Parque Hundido, inaugurado hace casi 40 años, se convierte en el Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería, una institución fundada en 1092 por los magos Godric Gryffindor, Helga Hufflepuff, Rowena Ravenclaw y Salazar Slytherin. La escuela en la que Harry, Ron y Hermione desarrollan su talento.

Grupos de adolescentes y niños que como en una religión, necesitan sustentar su fe en algo. Jóvenes que con sus batas negras y escobas en las manos, pretenden que vuelan y llevan su fantasía al grado más intenso. Memorizan diálogos de las películas y los libros para tener algo que decir y las pláticas son repetitivas. Y

mientras, en el mundo real, los maestros están menos preparados y la educación es cada vez peor.

No todos son buenos. Hay algunos que se sienten atraídos por el lado oscuro. Cubren su rostro con máscaras y pretenden ser mortíferos. Quieren la muerte de Harry Potter, quien representa todo lo correcto. Son minoría, pero existen, quizás porque no todo el mundo quiere ser bueno, quizás porque es la única forma de dejar libre la maldad que llevan dentro.

Les dicen “Pottermaniacos”, pero se parecen más a Peter Pan. Llevan más de 10 años escuchando esta historia, los años más felices de su vida para algunos, y justo por eso no los quieren dejar atrás. Decisiones importantes les esperan, pero ellos prefieren postergarlas. Muchos están en edad de entrar a la universidad, pero han decidido tomar un año para decidir la profesión que ejercerán.

Fanáticos obsesionados que pasan horas confeccionando disfraces y utensilios. Algunos cuentan con el apoyo de sus padres, pero hay otros, los rebeldes, que van en contra de sus mayores. Y es que el mundo real es crudo y duro. Las obsesiones aíslan y muchos prefieren no hacer público su amor por Harry Potter por miedo a ser molestados o criticados.

Por suerte para ellos, cada quince días, la tarde de los sábados, la magia se hace realidad. Las capas de invisibilidad existen, los dragones son mascotas amorosas, la rama de un árbol puede ser una varita mágica y las escobas pueden volar. Y todo gracias a un libro.

## G. SEQUÍA DE SEMANA SANTA

La ciudad está vacía. Cerca de casa, las procesiones avanzan lento. Gritan palabras que apenas se entienden. Son grupos grandes y que confían en que sus gritos los acercan a Dios. Avanzan como sonámbulos. Son zombies guiados por la fe. Uno va al frente, el resto solo lo sigue. Todo es muy mecánico: dan unos pasos, se detienen cuando alcanzan uno de los puntos marcados, gritan unas cuantas cosas y todo se vuelve a repetir. Quizás ninguno sabe bien lo que está haciendo ahí. Quizás están ahí porque no tienen nada mejor que hacer.

Es jueves por la tarde. Los periódicos lo anunciaron toda la semana: hoy, como cada año en días santos, cortarán el suministro de agua en muchas delegaciones de la ciudad. En las tiendas, la gente llena sus bolsas de botellas y garrafones de agua. En la radio y la televisión los políticos discuten sobre la duración del corte. Ladran porque quieren ganarse un hueso.

A las cinco de la tarde, las casas se quedan sin agua. Las pipas llenas de líquido, privadas y del gobierno, recorren las calles para llenar los tinacos y cisternas de los que no pudieron aprovechar sus vacaciones para salir de la ciudad. Los edificios altos son los que necesitan más. Con las calles vacías, el ruido de los camiones se escucha en todas partes. Con el sol encima, la gente busca un lugar para esconderse. Las banquetas se llenan de polvo y basura que dejó la procesión.

El día termina. En los noticieros solo se habla de la falta de agua en la ciudad y en otras partes del país. Otra vez el circo: la Comisión Nacional del Agua, el Sistema de Agua del Distrito Federal, el jefe de Gobierno, los presentadores de noticias, los vecinos.

También por la noche, en Iztapalapa, un muchacho de 18 años se disfraza de Jesús. Es su primer día como estrella. Es un estudiante de 23 años y se llama David López Domínguez. Aparece en la televisión y enseña la peluca que usará en la representación de la crucifixión. Parece orgulloso y engreído.

\*\*\*

Es viernes y seguimos sin agua. El gobierno federal sigue gastando dinero en matar a narcotraficantes. El gobierno local gasta dinero en playas artificiales. Los dos, espectáculos grotescos. Mientras tanto la ciudad se va a la mierda.

Los perros se acuestan sobre la banqueta. Buscan sombra y agua. Las cucarachas nadan entre basura. Se saben invasoras y, próximamente, vencedoras. Seguro, cuando duermen, imaginan qué harán con la ciudad; deciden qué casas ocuparán y quiénes serán sus mascotas.

Pasan un par de días y las plantas se ven secas. Se rinden ante el sol con las hojas llenas de polvo. La gente se mueve lento. Todos son más torpes. El sol, así, no le hace bien a nadie.

La invasión de pipas continúa. La gente, molesta, pide respuestas a los choferes. Nadie sabe qué decir. En la televisión, las gorditas se asolean en las playas artificiales. En la radio y los periódicos dicen que el agua de esas playas no está limpia. La gente hace fila por horas para poder entrar. A nadie le importa.

Hace días que la mayoría de la gente no se baña. Los trastes sucios se apilan en la cocina. Seguimos sin agua. Mis vecinos gritan. Pelean con su hija por alguna estupidez. Ella llora y grita también. Alguien golpea las paredes. Es viernes por la tarde. Jesús ya está muerto.

\*\*\*\*\*

Vivimos en una ciudad con más de 10 millones de habitantes. Todos con una necesidad en común: el consumo de agua. Según un informe reciente de la Conagua, en los últimos 35 años la disponibilidad de agua al año por habitante se redujo 53%. De acuerdo con el mismo informe, cada habitante de nuestra ciudad consume, en promedio, 330 litros diariamente (en contra de 45 litros diarios que se consumen en La Paz, Baja California Sur).



Las instituciones encargadas del tema no son pocas. Entre las principales se encuentra la Conagua, el Instituto Mexicano de Tecnología del Agua (IMTA), la Semarnat, el Organismo de Cuenca Aguas del Valle de México, así como el Sistema de Aguas de la Ciudad de México y las Delegaciones. Pero, como sucede con frecuencia, estas instituciones sirven para poco y cuando hay problemas nadie quiere dar la cara.

El agua se acaba y cada vez es más difícil hacerla llegar a toda la ciudad. Cada día que pasa el número de habitantes crece y la mancha urbana se extiende. Los presupuestos destinados a este rubro son pequeños y los sistemas encargados de abastecer de agua a la capital están cada vez en peor estado. El poco interés por parte de autoridades y los conflictos de intereses entre instituciones agravan la situación.

El gobierno, federal y local, cruza los brazos y espera a que el sistema colapse. El futuro parece importar poco y la ciudad se sigue cayendo a pedazos. El sistema Cutzamala abastece de agua potable al Distrito Federal desde el 3 de mayo de 1982, tiene 161 kilómetros de distancia, y cuenta con una plantilla de 600 trabajadores para su mantenimiento. Sus ductos tienen más de dos metros de diámetro, a través de los cuales viajan 15 mil litros de agua por segundo.

A través de él, llega una cuarta parte del agua potable que se consume en la ciudad. Su carga se reparte de la siguiente manera: 37% del líquido termina en municipios mexiquenses (Naucalpan, Atizapán, Nicolás Romero, Cuautitlán Izcalli, Cuautitlán, Tultitlán, Coacalco, Ecatepec y Toluca), mientras que el otro 63% alimenta a nueve delegaciones de la capital (Miguel Hidalgo, Azcapotzalco, Tlalpan, Cuajimalpa, Magdalena Contreras, Álvaro Obregón, Benito Juárez, Coyoacán e Iztapalapa). Para darse una idea del tamaño de las cosas, solo entre delegaciones suman un total de 5,299,464 habitantes, según datos del INEGI.

\*\*\*\*\*

Ésta no es una colonia como el Pedregal o las Lomas. Aquí la gente no tiene alberca en su casa. Los tinacos y cisternas de esta zona no son muy grandes. Apenas guardan el líquido que una familia de tres o cuatro miembros utiliza en un día. Para el domingo, las casas ya no tienen agua.

Doña Clementina vive en la calle Miguel Laurent desde 1954. En esa época la zona estaba casi deshabitada. Construyeron su casa sin imaginar los problemas de agua de llegarían con el tiempo. Ahora construyen una nueva cisterna y aumentan número de tinacos. En su casa viven solo dos personas, pero el agua ya no alcanza.

Pasan los días y las llaves siguen secas. Los vecinos no tienen de otra, solo las pipas los pueden ayudar. Las privadas cobran 1,200 pesos por los 10 mil litros que cargan. Hacen entre ocho y diez viajes diarios, cuando les va bien (entiéndase, cuando el Cutzamala está en reparación). Recargan en Tlalpan, en un pozo natural. La delegación también tiene un servicio de pipas. Estas cobran 350 pesos. El líquido es gratis, solo se paga por gastos de transporte, pero la demanda es grande y las pipas son pocas. Además, el agua que reparten la delegación está sucia y resulta casi inservible.

También sobre Miguel Laurent hay una vecindad. Ahí viven seis familias. Una de ellas se dedica a preparar y vender tamales. Esa es su principal fuente de ingresos y necesitan mucha agua. Pagamos una pipa a la semana, dice Rodolfo. Apenas alcanza para los tamales y para bañarnos y tener un poco que beber. Los que no tienen para pagar su parte, se quedan sin agua.

La situación en esta zona es grave. La administración anterior entregó permisos de construcción a diestra y siniestra. Las constructoras lo aprovecharon para levantar edificios con más de cuatro pisos. Aunque no todos se han vendido, esta área de la ciudad recibió una considerable suma de nuevos inquilinos. Y, por tanto, más consumidores de agua.

La gente ya no lo toma con calma. Todos esperan afuera de sus casas, tocan puertas para preguntar qué es lo que pasa. Nadie sabe nada. Las autoridades no dan

respuesta. A veces, ni los teléfonos contestan. La prensa tampoco muestra interés. Los periódicos hablan sobre la muerte de los buzos, pero no sobre los problemas de distribución del líquido. Los vecinos están solos.

Llueven quejas en la Delegación. Los vecinos amenazan con tomar calles para demostrar que tienen poder. Las autoridades siguen sin abrir la boca. Prefieren no adelantar información. Ni siquiera ellos saben bien qué es lo que sucede. Y un acuerdo entre dependencias parece algo imposible.

El suministro de líquido se regularizó el martes 18 por la noche. Aun así, las calles todavía se llenan de pipas o muy temprano por la mañana o tarde por la noche. Para los edificios, la presión con que entra el agua no es suficiente y tarda bastante tiempo en llenar sus cisternas. El problema en esta zona parece no tener solución.

\*\*\*\*\*

Y apenas dos días después de que la entrada de agua vuelve a normalizarse, una fuga enorme inunda la entrada de la casa. Furiosa, mamá llama a la Delegación, a la Comisión Nacional del Agua, a los bomberos, a la policía, a los vecinos, a quien sea que pueda resolver el problema, porque la desesperación es tal que no dejará que una sola gota de líquido se vuelva a escapar.

\*\*\*\*\*

Expertos y autoridades coinciden en que es necesario construir nuevos sistemas para abastecer de agua a la ciudad. El problema, como siempre, es la falta de presupuesto. Las autoridades parecen no darse cuenta de la gravedad del problema y destinan gran parte del dinero a rubros como seguridad y transporte.

Algunos dicen que pronto habrá guerras por agua. Otros aseguran que es necesario subir los precios del líquido para provocar una disminución en su consumo. La realidad indica que falta una cultura del cuidado del agua en nuestro país.

Los investigadores insisten en que el sistema Cutzamala se encuentra en mal estado y a punto de colapsar, hecho que dejaría a más de la mitad de la población del DF sin el líquido vital.

Mientras el 40% del agua que llega a la ciudad se evapora y se filtra a través de grietas, los políticos prefieren construir monumentos a sus administraciones, para ser recordados en un futuro que probablemente no exista.

## H. CINES

PEPSI:

Soy parte de una fila. Frente a mí hay tres personas más. La gente mira sus relojes y se aprieta en la fila. Yo tengo tiempo, faltan 10 minutos para que mi película comience. Las cajas de palomitas pasan de mano en mano y los botes de refresco sudan entre los dedos de un hombre que corre para alcanzar un lugar en su función.

Estoy en un complejo de cines propiedad de Cinemex, cadena que, según Marco A. Mares, periodista de *El Economista*, vende al año seis mil 600 millones de pesos en boletos. La gente que atiende las tiendas está vestida de color rojo vino y llevan gorras negras. Sus nombres, escritos en letras negras sobre placas doradas, cuelgan de sus pechos de la misma forma en que lo haría una mancha de queso para nachos. Todos sonríen y todos ofrecen siempre algo más.

En mi cine, (y me refiero a él como "mi cine" porque está muy cerca de mi casa – que tampoco es mi casa, pero es el lugar en donde vivo–), hay dos barras con 10 cajas de cobro en donde se venden palomitas grandes por \$32.50, refrescos medianos por 29 pesos, dulces, nachos (\$33.50), combos para todos y hot dogs por \$27.

Ya al frente de la fila me toma entre dos y tres minutos decidir. Un tipo llamado Oziriz me pregunta si no prefiero palomitas grandes por dos pesos más. A mí ni siquiera me gustan las palomitas. Ahora, la bebida. Son demasiadas preguntas. El vendedor insiste: ¿quiero el refresco más grande?, ¿quiero un vaso especial?, ¿quiero hielos?, ¿pepsi está bien? Tanta pregunta me confunde. Ahora Oziriz me conoce mejor que muchos de mis amigos.

Cinemex no solo vende palomitas. Hay también una zona en donde preparan crepas, pizzas, chapatas (\$56 por una de jamón serrano) y pedazos de verdura. Esta barra, dedicada a aquéllos que tienen más hambre, funciona bajo el nombre de Alavista. La Tetera y Ben&Jerry's complementan el abanico de opciones para encontrar comida en este cine.

\*\*\*\*\*

Mi función es la última del día y somos pocos los que decidimos utilizar la noche para ver una película. De los 20 que ocupamos una butaca, 18 compramos algo en alguna de las tiendas de Cinemex. Junto a mí se sienta una pareja de ancianos. Él carga un té de manzanilla, ella lleva entre manos algo que parece un pastel. Enfrente, una pareja separada por descansabrazos acomoda sus bebidas en pedazos de plástico que los distancia más. Escucho al viejo quejarse de la temperatura de su té. Atrás hablan sobre el sabor de sus palomitas y acaban con sus refrescos antes de que la película comience. La pareja no se toca, lo único que tienen en común es el vaso que aparece inmóvil entre ellos.

Desde que desaparecieron los intermedios la gente entra preparada desde un principio para toda la función. El público sigue entrando con charolas negras repletas de botes con palomitas y refresco entre las manos. La luz ya no está. El cine se llena de olores y de sonidos provocados por la comida.

\*\*\*\*\*

Hace tiempo ya decidimos no exigir nuestros derechos como consumidores y el cine es la mayor prueba de ello. Cada función supone el suplicio de soportar por lo menos 15 minutos de comerciales. Y en época de campañas, las cosas empeoran. Los paseos por la República de Enrique Peña Nieto o la telenovela-caricatura (sospechosa su similitud con Scooby Doo) del candidato del Partido Nueva Alianza, Gabriel Quadri de la Torre.

También hay espacio para el Partido Verde Ecologista. En sus spots, un actor exige pena de muerte para secuestradores. Y frente a mí, entre susurros, una pareja ya entrada en años dice que es lo mínimo que se puede pedir y que por eso vale la pena votar por un partido como ese.

\*\*\*\*\*

La película acaba con el piso lleno de envolturas. Soy el último en salir de la sala. Cuatro personas se encargan de la limpieza. Uno de ellos se llama Manuel. Tiene 22 años y trabaja ahí desde hace tres meses. Me cuenta que la mayoría de la gente deja sus cajas de palomitas a la mitad. "Casi nadie se acaba lo que compra", me dice. "Y casi nadie tira en el bote su basura. Tenemos que hacer nuestro trabajo rápido. Hay poco tiempo entre funciones y nos piden que dejemos la sala bien limpiecita", remata. Manuel se va y me deja hablando solo.

Al salir me encuentro con las cajas abiertas y sin colas. Alejandra es la única tras el mostrador. Detrás de ella, las vitrinas siguen llenas de palomitas. Le pregunto qué hacen con todo eso y ella, nerviosa, responde que sus productos casi siempre se acaban. Alejandra vive cerca del Metro Eugenia. Todos los días toma la línea verde y baja en la estación División del Norte. Lleva 10 meses trabajando para Cinemex y dice que le gusta. Después de platicar un rato y entrar en confianza me dice que los empleados toman algunas de las palomitas por la noche y que gran parte del sobrante se va a la basura. "Miércoles, viernes, sábados y domingos son días buenos, pero los demás casi no vendemos. Eso sí, la mayoría de la gente que entra a las salas compra algo. Si ya tuvieron dinero para pagar la entrada, seguro tienen dinero para un gustito más", me confiesa.

\*\*\*\*\*

BOING:

Días después visito la Cineteca. Hoy dan una película que tengo ganas de volver a ver (*Fargo*, de los hermanos Coen). Consigo un boleto sin problemas y voy directo a la sala. Me encuentro con luces apagadas y la tienda cerrada. El hombre que recoge los boletos a la entrada me dice que puedo ir a la cafetería y comprar algo de beber, pero nada más. En el local, una Finca Santa Veracruz, venden Boings y Coca Colas enlatadas. Sé que la película apenas inicia porque las latas de mis "vecinos" apenas se abren. Aquí el aire no huele a mantequilla y queso. No hay mucho más y nada más es necesario.

Aquí no hay comerciales antes de cada película. Para asistir a este lugar, pareciera necesario adquirir cierta pose, tener aires de intelectual o de alternativo. La película comienza, pero la gente no se calla. Aquí, la educación no es más que un accesorio para lucir mejor. Lo mismo que unos lentes o una gorra o un periódico en la mano. Por desgracia, en este y en otros lugares la educación no es respeto o conciencia. Porque lo importante es lucirse y presumir. Y para ir al cine, esa experiencia comunitaria que por el descuido de uno se hecha a perder para los demás, hace falta un poco más que inteligencia.

\*\*\*\*\*

Las majestuosas salas cinematográficas del pasado aparecen hoy como una especie en peligro de extinción. Tras la llegada en 1995 de la cadena norteamericana Cinemark, el número de complejos multisalas ha aumentado considerablemente convirtiendo a México en el mercado latinoamericano más grande en materia cinematográfica con más de 3,200 salas de cine a lo largo y ancho del país.

Los intereses de las empresas dueñas de estas multisalas se han encargado de transformar la experiencia cinematográfica. Espacios antes destinados para una sola sala de cine son ahora ocupados por complejos con 10 o más salas, sus restaurantes, dulcerías, membresías para clientes "VIP", máquinas con videojuegos y figuras de cartón con los próximos estrenos.

Todos los asientos tienen el mismo precio y en cada complejo se estrenan los viernes dos o tres películas. Ya no hay permanencia voluntaria y está prohibido ingresar alimentos ajenos a la empresa a alguna de sus salas. La publicidad está por todas partes: en la pantalla, en los asientos, en paredes, en vasos y platos.

\*\*\*\*\*

El cine llegó a nuestro país en 1896. La primera función pública sucedió en la droguería Plateros y fue presenciada por ojos de científicos y periodistas. La



actividad se popularizó entre los ricos que vieron en ella una forma de interactuar y de divertirse en un ambiente familiar.

Las películas viajaron por provincia gracias al cine itinerante. Hace cinco décadas Luis Lezama tenía 10 años. Estudiaba la primaria y vivía en Tepeaca, Puebla. La escuela lo llevaba al cine cada dos meses para ver películas relacionadas con los temas de clase. La sala era pequeña, cuenta, tenía un tapanco al que llamaban galería (con el tiempo el nombre de se fue deformando y terminó en "gayola"). La escuela pagaba boletos de luneta.

La sala era propiedad del Ayuntamiento y trabajaba solo los sábados. Se proyectaban películas de luchadores contra monstruos, de Cantinflas, de Pedro Infante y algunas producciones extranjeras. La entrada costaba un peso con cincuenta centavos, el equivalente a diez pesos de ahora aproximadamente.

Con la llegada de nueva tecnología, las salas dedicadas a la proyección de cine crecieron. Las pantallas, cada vez más grandes y con mejor sonido, invitaban al público a disfrutar una experiencia en un local mucho más cómodo. También aparecieron las primeras dulcerías con las que los dueños buscaban obtener una mayor ganancia. Los locales ofrecían cintas para un público específico. Las familias llevaban toda clase de comida. La gente gritaba a la pantalla y los comerciales antes de la película no existían.

Con el tiempo, la figura del "cácaro" y del acomodador de asientos se popularizan. El primero aparece como todopoderoso ante los ojos de los espectadores. Él es uno de los pocos empleados del cine capaces de convertir el viaje de una familia a la sala en un total desperdicio de tiempo. Los acomodadores también tienen poder. Su luz, la única permitida en las salas, se encarga de guiar hacia su asiento a los asistentes, y lo hacen por unas pocas monedas.

La ciudad estuvo inundada de salas cinematográficas gigantes. Estaba el Cine Ópera, el Teatro Roble, el Manacar, Polanco, Regis, Juárez, el Latino y el Lido. Todas

con sus precios bajos y sus techos altos, sus bocinas y sus pisos pegajosos. Algunas con asientos imitación piel, otras con asientos de tela y descansabrazos de plástico.

Algunas salas cinematográficas estaban pensadas para un público específico. El cine Continental, por ejemplo, proyectaba únicamente películas para niños. Por fuera, la sala tenía la forma del castillo de Disney y al terminar cada función, un grupo de vendedores ofrecía a padres e hijos juguetes de la película que acababan de ver. Años después, la sala fue convertida en un complejo multisalas propiedad de la cadena Multicinemas. Ahora, el cine está abandonado y todas las noches frente a él, se puede ver el mismo carrito de hamburguesas que espera encontrarse con algún despistado con hambre.

Muchos de estos cines ya no existen. Los que corrieron con más suerte fueron transformados en complejos cinematográficos multisalas. Otros, como el Cine Regis, no soportaron el temblor de 1985 y se convirtieron en escombros. Hay algunos que, aunque siguen en pie, fueron olvidados y ahora sirven como techo para perros callejeros y vagabundos.

\*\*\*\*\*

Los complejos cinematográficos multisalas llegan a nuestro país de la mano de inversionistas norteamericanos en 1995. Cinemark, primer cadena dedicada a la exhibición de filmes en multicinemas, empieza su plan de conquista en Aguascalientes y meses después se instala en la capital mexicana dentro del Centro Nacional de las Artes, en el mismo lugar que antes ocupaba el Cine Pedro Armendáriz. Otro ejemplo es Cinépolis. La cadena de salas propiedad de la familia Ramírez logró en 2007 una participación de 53% en México. Tienen presencia en 27 estados de la República Mexicana, y tienen cinco complejos multisalas en la India.

El crecimiento en el número de complejos cinematográficos ha traído como consecuencia el desarrollo y aumento de centros comerciales. Las mayoría de las cadenas multisalas se instalan junto con otro tipo de locales comerciales. Las

cadena de exhibición de películas dueñas del mercado en nuestro país han recurrido a técnicas como las membresías para asistentes regulares, salas VIP y una extensa variedad de comida para amenizar la experiencia de sus clientes y garantizar su regreso. Con toda esta gama de productos y servicios, el cine se ha convertido en una de las actividades recreativas más costosas. Con entradas de cincuenta pesos y palomitas de cuarenta, una pareja gasta en promedio doscientos pesos en una ida al cine.

## I. RINCONCITO DEL PASADO

Son las 10 de la mañana y un tapete azul, blanco y rojo me da la bienvenida a la Peluquería Del Valle. Desde hace 32 años, don Tomás y don Manuel abren a la misma hora la cortina metálica que protege su local en la calle de Moras 510. Dentro hay fotografías, revistas y una televisión pequeña que usan los fines de semana para ver el fútbol. Dos asientos de peluquero les resultan suficientes. Son viejos, pero siempre están muy limpios. En los cristales de la entrada hay un anuncio: Se vende terreno en Chiapas...

La pared del fondo sostiene una imagen grande de San Martín Caballero convertido por la mayoría en un amuleto de buena suerte para los comerciantes. En la misma pared hay una imagen de Cristo mirando al cielo durante su crucifixión.

Las paredes, cubiertas por espejos, encierran la misma imagen y la repiten muchas veces. Sus tijeras y navajas están en buen estado. De vez en cuando pasa el afilador para darles un poco más de vida. El ambiente es pesado. Nunca hay música, solo el ruido de las tijeras de Tomás y Manuel rellenan el vacío.

Un corte cuesta 60 pesos. Si el caballero en cuestión quiere que arreglen su barba también el costo será de 100 pesos. De ahí, Tomás y Manuel sacan dinero para pagar la renta del local, el material, la luz y su sueldo. Hay clientes que son más generosos y con sus propinas completan para comprar la comida del día.

El peluquero no solo debe tener manos hábiles, también debe contar con una lengua ágil y productiva. Los clientes llegan a desahogarse –dice Manuel– nos cuentan sus problemas en casa, en el trabajo, con sus amantes, con sus hijos. Nos cuentan todo, remata el peluquero. La peluquería sirve también como una especie de confesionario. Un lugar para encontrar cómplices y revelar fechorías o problemas.

Algunos días son mejores que otros, me dice Tomás. Hay sábados, por ejemplo, que hasta 50 personas visitan la peluquería. Los lunes y martes son pocas las personas que se cortan el pelo en este lugar.

Les pregunto si cada corte de cabello tiene que ver con el nombre del "peluqueado" y se ríen. Quizás, los Pedros prefieren llevar la cabeza desprotegida o los Pablos le tienen miedo a las patillas o a los Ignacios les preocupa más que su corte termine redondeado en la nuca, pienso en voz alta.

Después de media hora, llega el primer cliente. Es un hombre que aparenta llevar encima medio siglo. Viste una camisa amarilla y pantalón café. Pide por Tomás. Se saludan con fuerza. Desde donde estoy todo parece un baile de salón. El peluquero lleva el tiempo con sus tijeras y hace girar a su pareja a su gusto. El hombre en su asiento se pone flojito y se deja guiar.

Las tardes en que hay poco trabajo algunos amigos se reúnen alrededor de una mesa metálica para jugar dominó. Somos cuatro o cinco los que regularmente nos reunimos –me confiesan–. Nos conocemos desde hace más de 30 años y a todos nos gusta el dominó.

\*\*\*\*\*

Mi papá se recostaba en el sillón mientras Manuel calentaba un poco de agua en una estufa eléctrica, misma que después utilizaría para hacer espuma, siempre en la misma taza blanca, para cortar la barba de papá.

El asiento de la peluquería era un monstruo para mí. Grande y café, imposible de alcanzar, me esperaba frío. Yo tendría cinco o seis años, en la esquina del cuarto guardaban un cojín gigantesco, una especie de roca cuadrada, que servía para que los niños estuviéramos a la altura necesaria.

Todas esas visitas recibí una Coca-Cola pequeña. También fue el primer lugar en donde me ofrecieron una revista pornográfica para pasar el rato. Siempre vi ese lugar como un espacio donde los hombre se reunían para acicalarse, pero también para fortalecer su hombría y su vínculo con su virilidad.

El crujir de las tijeras, las navajas y las máquinas para rasurar, los atomizadores y el ruido de la secadora de cabello. Todo eso me hacía pensar en sangre: un movimiento en falso y un pedazo de oreja podría quedar en el piso; una equivocación del peluquero y podría terminar con una cicatriz más sobre mi nuca.

\*\*\*\*\*

Después de dos horas tres clientes han pasado por las sillas de Don Manuel y Don Tomás. Hay dos hombres más esperando. Decido marcharme para no entorpecer el trabajo y provocar algún accidente en el lugar.

Camino sin sentido. La casa está cerca, pero no tengo intención de volver. Llevo una piedra en el zapato que entorpece mis pasos. Me detengo para sacarla. Se siente como una montaña, pero en realidad es muy pequeña.

Dos cuadras adelante me encuentro con una estética. Se llama "Moda's Hair" y está dentro de un complejo comercial en donde Wal-Mart es el rey. Hombres y mujeres vestidos de blanco atienden un local lleno de posters, luces y colores. Hay siete asientos, todos ocupados, dos mesas en donde trabajan con las uñas de las mujeres, y una banca llena de gente esperando para que pasen las tijeras sobre su cabeza.

Los precios son más altos: 75 pesos por un corte de hombre o niño, 100 por el corte de dama. Uñas de gel por 250 pesos, tintes por no menos de 200 y productos para el pelo como champús, gel, ampollitas y tratamientos de marca.

Después de caminar un par de cuadras más tropiezo con varias peluquerías más: "La Parisien", "Ade", "D'Alan", "Fashion Hair", "D'Hector", "Anel et Chuy", "Giselle"... Todas las atienden empleados vestidos de blanco y con peinados estrafalarios. Ahora hay dueños que se encargan de buscar y contratar estilistas para llenar su local.

Los viejos de la peluquería Del Valle no son así: ellos visten siempre con traje y su cabello blanco siempre está en el mismo lugar. Ellos no van a cambiar para conseguir más clientes porque ellos no quieren y no saben cómo cambiar.

## J. ¿DÓNDE TE AGARRÓ EL TEMBLOR?

Apenas hace tres meses, un temblor de 6.8 sacó a los capitalinos a la calle. Hoy, martes 20 de marzo de 2012, un temblor de 7.4 grados nos recuerda lo incierto del futuro y lo frágiles que somos.

El día comienza como cualquier otro. Despierto y salgo rumbo al gimnasio. Cuando vuelvo a casa, aprovecho para hacer algunas llamadas telefónicas. Marco a una editorial para pedir información sobre un libro que está descatalogado desde 1988. Y de repente , el suelo comienza a moverse.

Vivimos en un cuarto piso, es la primera vez que un temblor me agarra en un lugar tan alto. La televisión parece una placa de plástico que se mueve con el viento, las persianas chocan contra las ventanas y el espejo que cuelga en la pared del baño amenaza con romperse.

Lo único que se nos ocurre es correr a escondernos debajo del marco de una puerta. Y mientras, el vaivén crece y crece. Afuera, en la escuela que hay atrás de nuestro edificio, los niños gritan cada vez más fuerte. Las grúas que construyen la Línea 12 del Metro en el Eje 7 se balancean.

\*\*\*\*\*

Unos minutos después, cuando parece que lo peor ya pasó, los vecinos comienzan a bajar por las escaleras. Ingrid y yo intentamos hablar por teléfono con nuestros papás, pero la línea está muerta. Ella alcanza a ponerse en contacto con los suyos a través de mensajes por celular. Por suerte, no pasó nada.

Buscamos información en Internet, pero no hay nada. Me imagino el Centro Histórico hecho pedazos. Me imagino que a partir de ese momento las noches van a ser mucho más largas, que la ciudad tardará años en volver a ser lo que alguna vez fue.



Mis papás viven cerca de nosotros y decidimos dar una vuelta para estar seguros de que no haya pasado nada. En el lobby, don Luis, el hombre que cuida el edificio, está sentado en un sillón. Sonríe y nos dice que es el primer temblor que pasa junto a su esposa. El viejo tiene más de 70 años y más que preocupado parece cansado. Ella, su mujer, tiembla. Dice que habrá réplicas y que es el calor el que está provocando los temblores.

Cuando llegamos a la calle, nos encontramos con grupos de gente, adultos que gritan y tiemblan porque se saben vulnerables. Masas de personas bloquean las calles y no permiten que los autos avancen. La mayoría grita y una minoría enfundada en chalecos reflejantes intenta poner orden.

Seguimos avanzando y el paisaje no cambia. Después de varios minutos, la gente sigue afuera de los edificios, esperando tranquilidad y certezas. Nadie quiere volver a trabajar. La mayoría de los oficinistas fuman, dan vueltas en círculos o graban videos con su celular. Cuando llegamos a casa, encontramos a mamá nerviosa y preocupada, pero bien.

\*\*\*\*\*

En la televisión y en Internet ya hay algunas imágenes. Un puente en la avenida Ignacio Zaragoza que aparece cuarteado; las vías de la Línea A del Metro, que corre de Pantitlán a La Paz, se ven completamente deformadas; la fachada de un edificio bastante nuevo en la colonia Condesa que cayó en pedacitos; y lo más espectacular: un puente en Azcapotzalco que cayó sobre un microbús.

Una tras otra, las réplicas continúan. Los presentadores de los noticiarios alertan de cada una. Las cifras empiezan a variar. Primero dijeron que el sismo fue de 6.5 grados, pero llegan a decir que el temblor que acaba de estresar a la Ciudad de México fue hasta de 7.9 grados Richter, solo 0.2 grados de diferencia del que en 1985 acabó con gran parte de la capital del país. En Guerrero, lugar del epicentro, 800 casas quedaron dañadas, y además, dicen que 10 mil casas nuevas tendrán que

ser construidas en las zonas rurales y más de 20 mil deberán ser reforzadas en muros y techos. Según la Cruz Roja, hay 30 mil damnificados en el estado.

Otras noticias raras empiezan a aparecer en la televisión. En Chiapas, una estudiante llamada “Valerie” publicó dos días antes del temblor el siguiente mensaje: *“¿es cierto que va a ver un sismo el 20 de marzo del 2012 en chiapas? hola soy una estudiante del estado de chiapas y últimamente an surgido rumores de que va a ver un sismo para el 20 de marzo del 2012, pero no nos aseguraron nada por que otros lo manejan solo como que ese día va a ver un mega simulacro para escuelas y dependencias. por favor si alguien esta bien informado que me diga. agradecería que me respondieran antes de esa fecha”*. (sic)

En las redes sociales, miles de usuarios intentaban resolver si el caso fue casualidad o una predicción. También en Facebook y Twitter, personas publicaron mensajes prediciendo otros sismos. Además, aparecieron consejos y videos que muestran cómo lo pasaron en diferentes puntos de la ciudad.

Las teorías de la conspiración ganan terreno en Internet. Muchos hablan del proyecto HAARP (High Frequency Active Auroral Research Program ó Programa de Investigación de Aurora Activa de Alta Frecuencia), un programa del gobierno de Estados Unidos, con base en Alaska, y con el cual estudian las propiedades de la ionosfera. El proyecto pretende aprovechar el conocimiento adquirido para mejorar las radiocomunicaciones y los sistemas de vigilancia –como la detección de misiles–.

Hay otros que dicen que el temblor tiene que ver con las profecías mayas que dicen que el 21 de diciembre del 2012 algo catastrófico sucederá. Lo cierto es que la ciudad está hecha un caos. Los semáforos y los teléfonos no funcionan. En las noticias nos enteramos de que algunas zonas de la capital se quedarán sin agua por algunos días. Caos total.

Días después otras explicaciones aparecen. El gobernador de Guerrero, Ángel Aguirre Rivero, dijo que según investigaciones, los temblores podrían ser

provocados por el nacimiento de un volcán en las faldas del cerro de la comunidad de Huizitepec. De inmediato, investigadores de la Universidad Nacional Autónoma de México desmintieron la versión. El secretario de Gobernación, Alejandro Poiré Romero, apareció en la televisión la noche del martes para informar que no había daños graves que lamentar.

Hay también quienes dicen que todo es culpa del Calentamiento Global. Que nos estamos acabando el planeta y que es la forma en que la Tierra se libera de su plaga: nosotros.

\*\*\*\*\*

En la Condesa no hay luz, ni teléfono, ni Internet. No tiene caso que vaya a la oficina. Me quedo a trabajar desde casa. Mientras las noticias siguen, los maestros en el Tomás Alva Edison revisan que todos los alumnos estén bien. Uno a uno, repiten los nombres de los niños con la esperanza de que no haya faltantes.

Ingrid y yo aprovechamos para salir a caminar. Parece fin de semana. No hay autos en la calle. No hay gente en las banquetas. La mayoría de las tiendas están cerradas. El cielo de color rojo parece una amenaza. Las nubes, en forma de círculos muy delgados. Solo esperamos que no pase algo peor.

\*\*\*\*\*

Hay quienes no consideran seguro volver a casa. Una pareja que vive en un edificio cercano al nuestro ha decidido pasar las próximas noches en el parque de San Lorenzo. Los dos tienen treinta y tantos años. Ese mismo martes, cuando una réplica de casi seis grados mueve otra vez a la ciudad, sale corriendo con una tienda de campaña al parque.

La primera noche pasa sin sobresaltos. Hay una torre de policía que vigila toda la noche el lugar y están muy cerca de las canchas de fútbol y basquetbol, el lugar más seguro que hay alrededor. Pero la segunda noche se complican las cosas. Las

ratas y las ardillas, los ruidos extraños, los vagabundos que se acercan para pedir dinero o comida. Alejandro y Julia se dan por vencidos y, resignados, vuelven a casa.

\*\*\*\*\*

Cada noche vamos a la cama con miedo de no despertar. En las noticias celebran la organización y el orden con el que se llevaron a cabo las evacuaciones. A través de Twitter, el jefe de Gobierno del Distrito Federal informa sobre cada réplica que ocurre y ofrece ayuda de su administración a aquéllos que sufrieron daños en sus inmuebles. Sismos de menor magnitud dejaron muerte y destrucción en lugares como Haití y Chile, pero nada de eso sucedió en la tercera ciudad más grande del mundo.

Casi una semana después del temblor, el domingo 25 de marzo a las 21:15, el Sistema Sismológico Nacional reporta 184 réplicas. Y a pesar de que no se registraron daños mayores en la Ciudad de México, en la cabeza de todos los chilangos sigue temblando. El verdadero problema es que cada temblor nos recuerda que pronto vendrá un temblor peor. Que la catástrofe será mayúscula y que muy pocos se salvarán. Que es algo que quizás nos hemos ganado por hacer las cosas mal.

Y mientras, solo queda sufrir la espera de algo grande y terrible, una catástrofe que ponga fin a esta ciudad empolvada y descuidada que día tras día se hunde más en el olvido.

## CONCLUSIONES

Durante los meses que tardé en investigar y realizar las crónicas que conforman el presente trabajo, pude darme cuenta de que el alimento principal del cronista es el contacto con la realidad que quiere contar. El cronista no puede trabajar encerrado por cuatro paredes, necesita salir a investigar, a ver, a oler, a respirar el tema que quiere trabajar. Es un escritor que lleva dos vidas: la del caminante que se nutre con cada paso que da, buscador de historias que podrían pasar desapercibidas si los ojos de alguien interesado en contarlas no se posan sobre ellas; y la vida del que escribe solo frente a la pantalla, sin interacción alguna, buscando en su cabeza una forma de narrar cosas.

Así, pasé días recorriendo calles, hablando con personas, preguntando cosas y buscando explicaciones. En un total estado de alerta. Pero gran parte de los temas llegaron solos. Lo cotidiano, lo familiar, apareció como el mejor tema por desarrollar. En cada uno de los textos convertí a gente cercana en personajes de un cuento que escribe la realidad. Este ejercicio me llevó a concluir que es mucho más fácil escribir sobre algo conocido, sobre una experiencia personal o de alguien muy cercano, y que así se pretende interiorizar.

Quizás el mayor reto haya sido convertir lo cotidiano en un tema de interés general. Las dudas sobre la relevancia de los temas que escogí para realizar las crónicas me persiguieron durante la mayor parte de la realización de este proyecto. Para poder continuar con el trabajo, decidí enfocarme no sólo en el tema si no en la realización del mismo. Elegir una palabra sobre otra, intentar generar una atmósfera de miedo o de desesperación, convertir al lector en un testigo más de lo que pasó. Compartir una experiencia y hacerlo sentir partícipe del suceso que se relata.

Para convertir lo cotidiano en periodístico hay que buscar lo humano en todos los temas. Demostrarle al lector que todos estamos expuestos a lo mismo y por tanto que todas las realidades deben ser de su interés. En este trabajo intento dar valor a lo que podría ser considerado como pequeño u ordinario, porque ese es el material

de lo extraordinario. Así, con la expectativa de encontrar algo interesante y de ampliar mis horizontes, me planté en todos los escenarios de estos textos y espero que el lector lo haga de la misma forma.

Después de dos o tres crónicas, el proceso de elaboración se volvió más sencillo. Retener imágenes, sonidos, voces y olores en la memoria sirvió para reconstruir el entorno con mayor fidelidad. Buscar información y datos que sirvan de contexto puede enriquecer la crónica ya que la gente puede hacer comparaciones con sus experiencias y sacar así sus propias conclusiones. El cronista trabaja con recuerdos y sueños ajenos, busca en el pasado de otros, y esa fue quizás la parte más difícil del trabajo: interactuar con desconocidos y ganarse su confianza, tratar de ver las cosas a través de sus ojos y ponerse en su lugar.

Leer cuentos, novelas y otras crónicas me ayudó a estructurar mis ideas y las narraciones. La lectura me sirvió para descubrir otros estilos y para desarrollar una voz más personal. Y fue justo en la búsqueda de mi voz que descubrí mi interés por reconstruir escenarios y servir como amplificador que difunde con mayor volumen los sentimientos y las ideas de los demás. Encontré en la crónica el género ideal para ello, porque a diferencia de otros que buscan informar o denunciar, la crónica intenta reconstruir una realidad más personal.

En “Cuando la tierra se mueve”, intenté narrar un mismo momento desde la perspectiva de varios personajes. Unos cuantos minutos que se viven de forma muy distinta según cada historia personal. La crónica, como ningún otro género, permite la posibilidad de narrar un mismo instante desde diferentes ojos. Uno puede jugar con el tiempo y disponer de él como lo haría un pintor con su lienzo.

En un principio, la lista de temas parecía interminable. Como menciono en la introducción, después de siete meses de trabajo fue necesario poner un alto y concentrarse en mejorar los textos más avanzados. Me puse como límite diez crónicas ya que de otra forma, con tantos temas en desarrollo, hubiera sido imposible terminar. Decidí así concentrar toda mi atención en esos diez textos y concretarlos de la mejor manera posible.

A diferencia de otros géneros, el valor de la crónica no solo reside en la importancia o en la novedad de la información que trata, sino en la forma en que se narran los hechos y se construyen las historias. El valor agregado de un texto así está en la capacidad literaria del escritor, en su vocabulario y en su capacidad de construir escenarios. Es por eso que algunas crónicas se han convertido en textos atemporales, que sobreviven a la noticia que les dio origen y a su autor. Que quedan como registros históricos que trascienden al tiempo y a las fronteras geográficas. El escritor de ficción no es mayor que el escritor de no ficción solo porque es capaz de construir historias a partir de su imaginación. La calidad de un escritor, como decía Raymond Carver, la determina su capacidad de contemplar las cosas y de dar a esas contemplaciones una expresión artística.

Hoy que aparentemente estamos conectados con todo el mundo y la información es tan general, volver a cosas particulares y locales puede servir para comprender mejor nuestro entorno y para intentar mejorarlo. Así, encontré en la crónica no sólo un medio para enterar a los demás de lo que ocurre en una delegación o en la capital del país o en un edificio; entendí que las crónicas permiten que los lectores conozcan sucesos o lugares que están a kilómetros de distancia.

Durante la realización de este trabajo me enfrenté a dos problemas. Uno es la falta de confianza de la mayoría de la gente. Realizar entrevistas así, sin previa cita u organización, es difícil porque a la mayoría no nos gusta hablar con extraños y contarles nuestras vidas. Otro problema fue que el trabajo periodístico se torna muy complicado si no se cuenta con el respaldo de una institución o de un medio de comunicación. Los grandes espectáculos son caros y los eventos con políticos son casi inaccesibles.

A través de los meses en que elaboré este proyecto conocí el valor de la disciplina y de la organización ya que cuando empecé a implementar estas herramientas en mi trabajo fue cuando más se clarificaron las cosas y por tanto fue el período de mayor avance. Quizás, si hubiese comenzado a trabajar en ese proyecto desde los últimos semestres de la carrera hubiese sido más sencillo ya que un cronista

necesita tiempo para observar y para salir a preguntar y recoger información. Ahora, después de terminar las clases y ya con un empleo, es mucho más difícil encontrar el tiempo para trabajar en un proyecto como éste. Al final del día esa es una de las conclusiones más importantes a las que llegué: ahora entiendo que debo de aprovechar mucho mejor el tiempo.



## BIBLIOGRAFÍA

- Arreola Medina, Angélica, *La crónica*. Édere, México, 2001.
- Baena Paz, Guillermina, *Géneros periodísticos*. Pax, México, 1995.
- Baena Paz, Guillermina, *El discurso periodístico: hacia el futuro*. Trillas, México, 2006.
- Bastenier, Miguel Ángel, *El blanco móvil*. Ediciones El País, Madrid, 2001.
- Campbell, Federico, *Periodismo escrito*. Ariel, México, 1994.
- Edo, Concha, *Periodismo informativo e interpretativo*. Comunicación Social Ediciones y Publicaciones, Sevilla, 2003.
- Filippi, Emilio, *Fundamentos del periodismo*. Trillas, México, 1997.
- Leñero, Vicente; Marín, Carlos, *Manual de periodismo*. Grijalbo, México, 1986.
- Mailer, Norman, *Un arte espectral. Reflexiones sobre la escritura*. Emecé, México, 2009.
- Mandel, Siegfried, *Periodismo moderno*. Editorial Letras, México, 1965.
- Marín, Carlos, *Manual de periodismo*. Grijalbo, México, 2003.
- Miranda, Manuel Pérez, *Breve historia de la crónica*. Ediciones Septián, México, 2008.
- Monsiváis, Carlos, *A ustedes les consta*. Ediciones ERA, México, 2006.
- Machado de Assis, Joaquim Maria, *Crónicas escogidas*. Sexto Piso, México, 2008.
- Rivadeneira, Raúl, *Periodismo*. Trillas, México, 1986.
- Rotker, Susana, *La invención de la crónica*. FCE, México, 2005.
- Secanella, María Petra, *Periodismo de investigación*. Tecnos, Madrid, 1986.
- Servín, J.M., *D.F. Confidencial. Crónicas de delincuentes, vagos y demás gente sin futuro*. Almadía, México, 2010.
- Sheridan, Guillermo, *Viaje al centro de mi tierra*. Almadía, México, 2011.
- Villoro, Juan, *Safari accidental*. Joaquín Mortiz, México, 2005.
- Villoro, Juan, *8.8: El miedo en el espejo*. Almadía, México, 2010.
- Vivaldi, Gonzalo Martín, *Géneros periodísticos*. Paraninfo, Madrid, 1998.
- Wolfe, Tom, *El nuevo periodismo*. Anagrama, Barcelona, 1988.
- Wolfe, Tom, *El periodismo canalla y otros artículos*. Ediciones B, Barcelona, 2001.
- VV. AA., *Antología de crónica latinoamericana actual*. Alfaguara, Madrid, 2012.
- VV. AA., *Cómo hacer periodismo*. Aguilar, Bogotá, 2002.

VV.AA., Lo mejor del periodismo de América Latina. FCE, México, 2006.

VV. AA., *Mejor que ficción*. Anagrama, Barcelona, 2012.